

Redes sociales y acción colectiva: observando el estallido social y la pandemia

*Social network and collective action:
observing the social outbreak and pandemic*

Mauricio Osvaldo García ¹

mauricio.garcia@ufrontera.cl

Recibido: 03 de diciembre de 2020

Aceptado: 28 de diciembre de 2020

Resumen: En el artículo analizamos desde un punto de vista teórico el efecto de redes sociales ciudadanas presenciales y digitales en la generación de movilización política vista como acción colectiva (marchas masivas, asambleas ciudadanas, entre otras expresiones), en el contexto del estallido social y la pandemia del COVID-19 en Chile. Identificamos tres niveles de análisis de la movilización: al interior de colectivos sociales, en la articulación entre colectivos sociales y en la incorporación masiva de ciudadanos a la movilización. En cada nivel examinamos condiciones que favorecieron su formación y continuidad. Desde la teoría de la acción colectiva anclada en la teoría de juegos y la teoría de redes sociales, explicamos, a partir de mecanismos sociales específicos, el doble efecto de las redes sociales ciudadanas presenciales y digitales. Un efecto fue la rápida y masiva movilización política. Otro, fue la permanencia de la movilización política a pesar del confinamiento generado durante la pandemia. Sobre la relación entre estallido social y pandemia en un Chile neoliberal planteamos una paradoja: la desigualdad que generó la movilización, desde lo cual se produjo un bien público (escenario de cambio constitucional), pudo erosionarla porque para ciudadanos afectados por precariedad laboral no fue una opción cumplir con el confinamiento, no logrando aportar a formar otro bien público (disminución del nivel de contagio del COVID-19). Por el contrario, el aumento de contagios prolongó el confinamiento, impidiendo la movilización ciudadana, la que, no obstante, no se erosionó debido al

¹ Universidad de La Frontera, Departamento de Ciencias Sociales

efecto de redes sociales digitales como espacio de participación política online.

Palabras Claves: Redes sociales, acción colectiva, bienes públicos, estallido social, pandemia del COVID-19.

Abstract: In the article, we analyzed from a theoretical point of view the effect of face-to-face and digital citizen social networks in the generation of political mobilization seen as collective action (mass marches, citizen assemblies, among other expressions), in the context of the social outbreak and the pandemic of COVID-19 in Chile. We identified three levels of analysis of the mobilization: within social groups, in the articulation between social groups and in the massive incorporation of citizens to the mobilization. At each level we examined conditions that favored their formation and continuity. From the theory of collective action anchored in game theory and social network theory, we explained, based on specific social mechanisms, the double effect of face-to-face and digital citizen social networks. One effect was the rapid and massive political mobilization. Another was the permanence of the political mobilization despite the confinement generated during the pandemic. Regarding the relationship between social outbreak and pandemic in a neoliberal Chile, we proposed a paradox: the inequality that generated the mobilization, from which a public good was produced (scenario of constitutional change), could erode it, because for citizens affected by job precariousness it was not an option to comply with the confinement, failing to contribute to forming another public good (decrease in the level of contagion of COVID-19). On the contrary, the increase in infections prolonged the confinement, preventing citizen mobilization, which, however, did not erode due to the effect of digital social networks as a space for online political participation.

Key Words: Social networks, collective action, public goods, social outbreak, COVID-19 pandemic.

1. IDEAS INICIALES A MODO DE PRESENTACIÓN

Las causas, manifestaciones y consecuencias del estallido social de octubre de 2019 y de la pandemia de COVID-19 iniciada en marzo de 2020, han sido tematizadas en la opinión pública chilena como una triple crisis: política, sanitaria y económica. Sin embargo, hasta ahora, el análisis integrado y sistemático de estas crisis está en ciernes. Sobre la crisis política, analizada respecto al estallido social y el proceso constituyente, existe una creciente producción de libros dirigidos a un público amplio. Baste una breve e incompleta lista para dar cuenta de ello: “Sobre la marcha”, de Patricio Fernández; “Octubre Chileno. La irrupción de un nuevo pueblo”, de Carlos Ruiz; “Big Bang”, de Alfredo Mayol; “Estallido social y nueva Constitución para Chile”, de Mario Garcés; “El pueblo en movimiento. Del malestar al estallido”, de Gloria de la Fuente y Danae Mlynarz; “Chile despertó. Lecturas desde la historia del estallido social de octubre”, de Pablo Artaza y otros; “El desborde”, de Eugenio Tironi, y; “Pensar el Malestar”, de Carlos Peña.

Sobre la pandemia del COVID-19 las publicaciones están constituidas, por una parte, por informes técnicos de política pública provistos por agencias multilaterales y por unidades ministeriales del gobierno y, por otra parte, por papers publicados en revistas científicas, donde se tratan fundamentalmente asuntos sanitarios (infectológicos, efectos de estrategias de prevención y mitigación, factores asociados a transmisión o propagación, entre otros) y de salud y bienestar (efectos psicológicos, dietéticos, de seguridad alimentaria, entre otros).

En las ciencias sociales las publicaciones y, más en específico, la producción científica que aporte conocimiento sobre la relación imbricada entre la crisis política, sanitaria y económica aún está por desarrollarse. Proponemos que un buen punto de partida para avanzar en la generación de conocimiento sobre la temática señalada, es tener como referencia la perspectiva crítica desplegada en ambientes intelectuales y académicos sobre la relación entre la triple crisis y el modelo neoliberal.

En este marco, un lente de aproximación es visualizar la desigualdad social generada por el modelo neoliberal como un gatillante crucial de la movilización política (fundamentalmente, multitudinarias marchas y asambleas en las que se implicaron organizaciones o colectivos y ciudadanos) que configuró el estallido social. Este tipo de análisis ha sido abordado en libros como los antes señalados, no obstante, es posible profundizar esas reflexiones a partir del acervo teórico disponible en las ciencias sociales. En complemento, otro prisma de observación se refiere a los posibles efectos que hubiese tenido y que aún podría tener la pandemia del COVID-19 en la desmovilización política, particularmente producto de las estrategias de confinamiento impulsadas desde el gobierno.

Por razones normativas, específicamente ético-políticas emancipatorias, importa la repolitización de la sociedad y su expresión en movilizaciones ciudadanas, sobre todo por sus efectos transformadores. Przeworski (1999) estableció que la capacidad efectiva de un régimen autoritario se juega en su capacidad para controlar que los resultados ex-post no sean suficientemente adversos a sus intereses. Entonces, la estrategia de la dictadura de institucionalizar y hacer permanecer, vía constitucional (tribunal constitucional, rol subsidiario del Estado, etc.), un diseño institucional político y económico, ha sido efectiva hasta hoy.

Por este motivo, la fortaleza de la movilización política ha sido relevante por su papel en la generación del promisorio escenario político actual. Nos referimos específicamente a la posibilidad generada por la ciudadanía movilizadora de lograr un cambio constitucional que constituye un valioso bien público, pues un diseño institucional con orientaciones diferentes al actual (por ejemplo, que favorezca una redistribución de derechos de propiedad y que instale derechos sociales) podría beneficiar incluso a quienes no participaron en las movilizaciones. Además, mirando hacia el futuro, el rol de la movilización política será vital en el proceso constituyente, pues los resultados de éste son inciertos, de final abierto. Será, por tanto, fundamental la continuidad de la intensidad de la movilización política, que aportará a crear condiciones para concretar un cambio constitucional que desactive la capacidad de control de resultados instalada por la dictadura y que permanece en sus pilares fundamentales.

¿Cómo avanzar, entonces, en el análisis y comprensión sobre la efectividad y robustez de la movilización política en el contexto de la pandemia del COVID-19? Desde las ciencias sociales se ha establecido que una forma de comprender y explicar la movilización política es concibiéndola como una forma de acción colectiva. La teoría de la acción colectiva anclada en la teoría de juegos aporta mecanismos sociales para microfundamentar las explicaciones sobre las condiciones bajo las cuales surgen, se despliegan y declinan acciones emprendidas en conjunto y que requieren cooperación social. También desde las ciencias sociales se ha establecido que las nuevas formas de movilización política operan gracias a la combinación virtuosa de dos tipos de redes sociales: las redes sociales presenciales, de copresencia física o cara a cara entre personas y las redes sociales digitales, entendidas como conexiones generadas entre personas a través de tecnologías o aplicaciones digitales (las App) y de la web 2.0 (Facebook, Twitter, WhatsApp, Messenger, Instagram, Youtube, Vimeo, entre otras)². En complemento, desde las ciencias sociales también contamos con conocimiento provisto desde la teoría de redes sociales, que permite comprender cómo operan procesos de acción colectiva impulsados y sostenidos desde redes sociales presenciales y digitales.

Tomando en cuenta la interrogante antes formulada y los puntos de partida señalados, en términos de conocimiento disponible, este artículo tiene por objetivo analizar el papel de las redes sociales ciudadanas presenciales y digitales en la generación de acción colectiva (sobre todo en la movilización política expresada en marchas masivas y asambleas ciudadanas), en el contexto del estallido social y la pandemia del COVID-19 en Chile. En un formato de ensayo teórico, proponemos ideas generales de carácter hipotético, a través de las cuales exploramos explicaciones para responder a las siguientes interrogantes específicas: ¿cómo fue posible la movilización masiva a través de marchas y asambleas en un período muy breve de tiempo, luego de los hechos del 18 de octubre de 2019?, y ¿por qué, a pesar del confinamiento producto la pandemia del COVID-19 que limitó durante

2 En este punto es muy importante establecer que cuando nos referimos a redes digitales no lo hacemos en el sentido habitualmente establecido, en el cual las tecnologías digitales (las App y la internet 2.0) son redes sociales o redes digitales. En este trabajo planteamos que esas tecnologías digitales permiten la interacción virtual (no presencial) entre personas y denominamos redes digitales al conjunto de dos o más personas conectadas virtualmente gracias al uso de tecnologías digitales.

meses la movilización política en espacios públicos, ésta no declinó y se mantuvo la motivación de los ciudadanos de participar en lo político?

Para responder a esas interrogantes y cumplir el objetivo propuesto, elaboramos este artículo de la siguiente forma. En primer lugar, ofrecemos una breve panorámica para establecer por qué actualmente la movilización política en Chile opera en forma de autónoma y descentralizada, en la cual son relevantes las redes sociales (Somma y Medel, 2017; Jara, 2019). Considerando la importancia del surgimiento y estabilidad de la movilización como acción colectiva, en segundo lugar, elaboramos una breve crónica sobre los hechos y actores del estallido social, a partir de lo cual identificamos tres niveles de análisis de la movilización: al interior de colectivos sociales, en la articulación entre colectivos sociales y en la incorporación masiva de ciudadanos a la movilización.

En tercer lugar, para cada nivel de análisis identificamos las condiciones que favorecieron la movilización como acción colectiva, examinando el papel de las redes sociales. En el primer nivel, en base a la teoría de la acción colectiva basada en la racionalidad y la teoría de juegos, centramos la atención en los factores que permiten superar los problemas de formación de la acción colectiva. Estos factores se relacionan fundamentalmente a la existencia de individuos con motivaciones no cooperativas, es decir, free-riders. Exponemos las soluciones que la perspectiva teórica señalada ofrece al problema de la acción colectiva y en ese marco, destacamos el papel de las redes sociales presenciales. Para comprender mejor sus efectos, centramos la atención en la teoría de redes sociales, identificando los efectos de atributos de las redes, específicamente atributos estructurales (estructura de las redes) y relacionales (naturaleza de los vínculos).

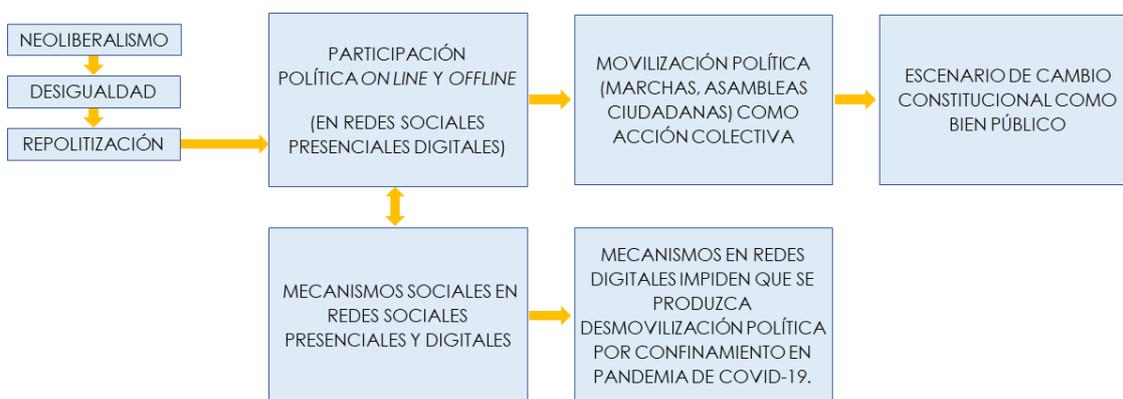
En complemento al papel de las redes sociales presenciales, para el primer, segundo y tercer nivel de análisis, exploramos los efectos de las redes sociales digitales. Proponemos que los procesos de coordinación social necesarios para que surja la acción colectiva operaron y fueron exitosos, pero no se produjeron solamente en redes sociales presenciales, sino, en complemento, en redes sociales digitales, es decir, en estructuras reticulares de comunicación mediadas por tecnologías. Así, producto de la participación política online (que incluye la coordinación y promoción de actividades políticas offline –o activismo online o ciberactivismo–, la publicación y comentarios de contenidos políticos, la suscripción de campañas políticas online y offline, entre otras), se generó lo que en la teoría de la acción colectiva se denomina masa crítica, en la que se produce un umbral, es decir, un nivel suficiente (en cantidad, frecuencia o duración) de participantes que motiva la participación del resto. Así fueron factibles las marchas masivas y las reuniones deliberativas en las asambleas ciudadanas. Para explicar este proceso generativo exponemos mecanismos sociales relacionados a redes sociales digitales, específicamente, mecanismos de influencia social (de difusión y contagio).

Finalmente, en cuarto lugar, analizamos el confinamiento generado como consecuencia de la pandemia del COVID-19 en torno a sus posibles consecuencias en la desmovilización política iniciada durante el estallido social. En la lógica de la literatura sobre redes complejas concebimos los procesos de contagio del COVID-19 como redes de contacto entre portadores y contagiados. En base a la teoría de la acción colectiva postulamos que la disminución del nivel de contagios del COVID-19 constituye un bien público del cual pueden beneficiarse todos los

ciudadanos, pero que requiere de la cooperación de todos para que se produzca. Señalamos dos factores que lo impiden. Uno se refiere a las marcadas condiciones de precariedad laboral que restó a muchos ciudadanos de tener como opción recluirse. Esto hace evidente el rostro de la desigualdad producto del neoliberalismo en Chile. Si se produce una mayor presencia de ciudadanos en espacios públicos, podría operar un segundo factor que son las heurísticas cognitivas que disminuyen la sensación de riesgo al contagio.

Los factores indicados, entre otros, extienden el ciclo de contagio, prolongando el confinamiento, lo que, a su vez, restringe la movilización política en espacios públicos. Sin embargo, planteamos que ello no logró erosionar la movilización offline debido a las dinámicas a los mecanismos de difusión e influencia social que operaron en redes sociales digitales. Para concluir esta sección de presentación, sintetizamos los contenidos expuestos en la siguiente figura.

Figura 1. Movilización, acción colectiva y redes sociales en el contexto del estallido social y la pandemia de COVID-19.



Fuente: elaboración propia

2 ACCIÓN COLECTIVA A PARTIR DE REDES SOCIALES ¿CÓMO LLEGAMOS A LOS TIEMPOS DE LA MOVILIZACIÓN POLÍTICA HETERÁRQUICA? UNA MUY BREVE PANORÁMICA

Una de las expresiones recurrentes en determinados sectores de la opinión pública en relación al estallido social de octubre de 2019 fue “no lo vimos venir”. Esta expresión se refiere no sólo al por qué (causas), sino también al cómo se produjo el estallido social (forma) y a sus efectos (consecuencias). Para fines de nuestro análisis, estos tres aspectos están relacionados. Sobre las consecuencias de la movilización y en relación al cómo se produjo, lo relevante es que la intensidad o magnitud, en términos de cantidad de personas (millones en el caso de las marchas, miles en el caso de las asambleas), extensión territorial (en todo Chile), formas de la movilización (repertorios de acción colectiva: marchas, asambleas ciudadanas, además la ocupación simbólica de espacios públicos – especialmente la Plaza Dignidad–, disturbios, resistencia a la violencia política estatal, expresada, entre otras formas, en la acción de la primera línea), modificó

a tal punto de la estructura de oportunidades de la élite política y económica, que de forma inédita ésta visualizó como única alternativa abrir una salida constitucional formalizada institucionalmente a través del Acuerdo por la paz y la nueva Constitución.

Si bien, tal como ya se ha advertido en diversos análisis de coyuntura, se trata de una alternativa diseñada y negociada "con paracaídas", debido a las restricciones impuestas en un momento inicial y también posterior, en términos quórum, limitaciones a la participación de independientes y de representantes de pueblos originarios, entre otras, lo cierto es que se abre una posibilidad, que, en un muy buen escenario, que requiere mayorías en la elección de constituyentes y posteriormente de parlamentarios para la creación de cuerpos legislativos complementarios, sería factible desmontar los pilares del diseño institucional neoliberal.

Este escenario deseable es una consecuencia del cómo se produjo el estallido social, es decir, como indicamos, de la intensidad o magnitud de la movilización política autónoma y descentralizada. Esta forma de articulación responde a una de las causas del estallido social, a saber, la inexistencia desde 1990 de canales de espacios efectivos de expresión y decisión disponibles para la ciudadanía, es decir, de voz, en los términos de Hirschman (1977). El régimen militar, a través de la reducción del papel del Estado y la represión política, generó un daño de hondo calado a la imbricación entre política y sociedad civil, que, siguiendo a Garretón (2012), era posible en la matriz sociopolítica estatal-nacional-popular-democrático-partidaria-, en la cual esa imbricación se producía gracias al papel de sistema de partidos políticos como articulador del Estado con actores sociales, facilitando el procesamiento de las demandas de éstos.

Si bien durante la resistencia y búsqueda del fin de la dictadura hubo alianzas entre organizaciones populares y partidos políticos, fueron frágiles, complejas y contradictorias. La consecuencia fue el desplazamiento de las organizaciones populares de parte de los partidos políticos (Baño, 1985). La concepción de los sectores populares como desprovistos de capacidad de articulación política (Dubet et al., 2016; Tironi, 1990), supuso apostar por vías institucionales partidistas para conducir procesos políticos y además, en el marco del paradigma de gobernabilidad impuesto durante la transición, implicó optar finalmente por la desactivación de la movilización social durante el primer gobierno de la Concertación (De la Maza, 2003). El diagnóstico posterior habló de desarticulación, fragmentación, baja asociatividad e individualización (Lechner, 2000; Oxhorn, 2003), en un momento cuando además se tematizaban las sombras que se traslucían tras el supuesto éxito del modelo neoliberal administrado por los gobiernos de la Concertación (Moulian, 1997; PNUD, 1998).

En sintonía con lo anterior, se enunciaron adjetivos con un claro aire de familia crítico sobre la calidad de la democracia postdictadura: "democracia tutelada" (Portales, 2000), "democracia incompleta" (Garretón, 2003), "democracia semisoberana" (Huneus, 2014), entre otros. La baja participación política (electoral, de militancia en partidos políticos, entre otras) como un factor clave en esta democracia deficitaria, estuvo situada en un marco de desafección política y desconfianza política e institucional (en partidos políticos, congreso, entre otros) (Morales, 2020). En este escenario, durante 2006, a partir de la

“revolución pingüina” se inició el ciclo largo de protesta, que incluyó otro hito relevante durante el año 2011 y que tuvo en el estallido social de 2019 su expresión culminante.

Este “ciclo de protesta” constituyó un “tiempo de repolitización”, en el cual se incrementó la participación política no convencional que canalizó el malestar social individual como demanda de cambios y protesta colectiva en el espacio público. La repolitización como la redefinición de lo que puede ser decidido colectivamente, se produjo desde un desinterés en la política y un interés en lo político. A través de procesos de subjetivación, los individuos establecieron una relación entre su condición personal y las disputas colectivas sobre lo político. Así, se reconocieron como parte de un colectivo, se motivaron a obtener información sobre asuntos políticos, a adherir a causas y a participar en organizaciones políticas (PNUD, 2014, 2015; Somma, 2017).

En los ciclos de protesta los movimientos sociales (grupos organizados con metas comunes, que operan frente a un antagonista a través vías no convencionales) operan como agentes de politización, al configurar marcos de acción colectiva, es decir, de elementos cognitivos y simbólicos que dan forma a procesos de subjetivación de los individuos, articulando sus demandas y transformándolas en agendas colectivas. Como movimientos sociales, durante 2006 fueron protagonistas la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES) y, durante 2011, la Confederación de Estudiantes de Chile (CONFECH) (PNUD, 2014, 2015).

Durante 2011 la movilización política liderada por movimientos sociales operó con autonomía de los partidos políticos y estuvo dotada de alta legitimidad (Somma y Medel, 2017; Jara, 2019). Desde entonces y hasta el estallido social de 2019, la movilización como acción colectiva se ha configurado a partir la combinación virtuosa de redes sociales presenciales y digitales, en la que se articulan colectivos u organizaciones con la ciudadanía (Donoso, 2017). Por su naturaleza heterárquica y descentralizada³, la movilización política es, a la vez, frágil y poderosa. Para comprenderlo mejor a continuación revisaremos su dinámica como acción colectiva y su configuración desde redes sociales.

Para lo anterior, distinguimos tres niveles de análisis sobre la movilización política como acción colectiva, en el que las redes sociales tuvieron efectos generativos en la formación de la acción colectiva. El primero es la acción colectiva al interior de colectivos que se movilizaron. El segundo es la articulación entre colectivos movilizados y el tercero se refiere a la incorporación masiva a la movilización de parte de la ciudadanía que no pertenece a colectivos previamente movilizados. Antes de abordar la tarea de formular explicaciones teóricas sobre el papel de las redes en la acción colectiva en cada nivel, a continuación, esbozamos una muy breve crónica de los acontecimientos de la movilización desarrollada desde octubre de 2019, identificando actores y sus acciones, pues desde ello trazamos la distinción entre los tres niveles de análisis ya señalados.

3 Es decir, aquella que no es impulsada y coordinada desde una o unas autoridades centralizadas –partidos y/o líderes–, como ocurría como la clásica movilización política de masas.

3. ¿QUIÉNES SE MOVILIZARON DESDE OCTUBRE DE 2019? UNA BREVÍSIMA CRÓNICA

A partir de la información disponible en diversas publicaciones (Huenchmil y Mondaca, 2019; Jiménez, 2020; Martínez, Mora, 2020; Yaccar, 2019; Waissbluth, 2020), disponemos de información sobre el inicio y desarrollo de la movilización. Desde el 7 de octubre, a través de una convocatoria realizada por dispositivos digitales, cientos de estudiantes secundarios y universitarios formaron parte de la movilización “Evade”, que surgió por el alza del costo del pasaje del Metro de Santiago. Las primeras evasiones fueron convocadas por estudiantes del Instituto Nacional, quienes las realizaron en estaciones del Metro cercanas a su establecimiento educacional. Posteriormente, fueron protagonistas de estas acciones estudiantes de otros establecimientos, entre ellos, alumnas del Liceo 7 de Providencia. Estas acciones se intensificaron entre el 14 y 18 de octubre: se ocuparon 70 estaciones del Metro y se realizaron rayados de grafiti y barricadas. La represión policial generó enfrentamientos y se realizó una gran cobertura mediática de los hechos.

Desde el 19 de octubre, en un contexto de Estado de Emergencia, se produjeron marchas masivas en todo el país, en las que, además de los estudiantes, organizaciones sociales y la ciudadanía en general, protestaron por la violencia policial y expresaron demandas de diverso tipo. En complemento, se convocaron y realizaron masivos cacerolazos. En este marco, destaca la marcha nacional del 25 de octubre, que fue llamada “La marcha más grande la historia” y que sólo en Santiago convocó a más de 1.200.000 ciudadanos. A esta marcha se adicionó una huelga nacional, que tuvo un 90% de adhesión de funcionarios públicos. Se estima que en conjunto la marcha y la huelga movilizaron a 4.200.000 personas.

En paralelo a las marchas se realizaron cicletadas en las que participaron miles de ciudadanos. En la convocatoria de esta “revolución en dos ruedas” se implicaron colectivos como “Ciclistas furiosos.” Las masivas manifestaciones y otras formas de movilización fueron acompañadas y asistidas por agrupaciones como la “Agrupación de Salud por los Derechos Humanos”, “Ni una menos autónoma”, la “Coordinadora 18 de octubre para la liberación de los presos políticos de la revuelta” y la brigada de primeros auxilios “Cruz Negra”.

Luego del 18-O, la Mesa de Unidad Social (que articula a diversas organizaciones sociales y sindicales, entre ellas la CUT, ANEF, CONFUSAN, Movimiento No+AFP), asumió la vocería nacional de la movilización, convocando a actividades, formulando, sistematizando y difundiendo propuestas e interpelando al gobierno por la violencia de Estado ejercida. Desde octubre, la Mesa de Unidad Social convocó a la realización de asambleas para debatir y articular las demandas ciudadanas. Desde el 24 de octubre, diversas organizaciones culturales, estudiantiles, gremiales y políticas anidadas en barrios y territorios, comenzaron a convocar a asambleas barriales, comunales y sectoriales.

A principios de noviembre se reportaba la participación de más de 10.000 personas en estos espacios deliberativos. Desde enero de 2019, las organizaciones movilizadas en las asambleas fomentaron articulaciones de mayor escala. Así, desde enero de 2020 se realizaron encuentros de asambleas territoriales autoconvocadas en el Área Metropolitana, Iquique, Valparaíso y Chiloé. Aquí

destaca el rol de la Coordinadora de Asambleas Territoriales (CAT) como articuladora de encuentros en el Área Metropolitana. Las asambleas se institucionalizaron, pues los manifestantes comenzaron a coordinar días, horas y lugares de encuentro. Otro espacio multitudinario de expresión de demandas, además de asambleas, fue la Consulta ciudadana para una nueva Constitución, convocada por los Municipios, realizada en diciembre de 2019 y en la cual se escrutaron 2.114.075 votos.

Durante octubre, organizaciones y comunidades indígenas se movilizaron en diversas ciudades y localidades (Temuco, Concepción, Santiago, Tirúa y Cañete, entre otras), expresando demandas (entre ellas, una Asamblea Constituyente Plurinacional) y además, derrumbaron y decapitaron estatuas que simbolizan el poder colonial. También, entre las masivas expresiones culturales y simbólicas de la protesta están la ocupación y reivindicación de espacios como la Plaza Dignidad y la performance "Un violador en tu Camino", creada por el Colectivo Feminista LasFesis y que fue interpretada desde marzo de 2020 por cientos de miles de mujeres en Chile y en el mundo. Transcurrido un año desde el estallido, durante octubre de 2020 la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES) convocó a protestas en el Metro para conmemorar el primer aniversario de las evasiones masivas que gatillaron el estallido social. Con ese propósito, el 19 de octubre de 2020 se realizaron multitudinarias marchas en diferentes ciudades, entre ellas, Santiago (donde se congregaron 25.000 ciudadanos), Valparaíso, Viña del Mar, Antofagasta y Concepción.

4. MOVILIZACIÓN COMO ACCIÓN COLECTIVA. EL PAPEL DE LAS REDES SOCIALES

Como señalamos, esta breve crónica sobre el estallido sirve para identificar actores y acciones en que se implicaron. A partir de esto, en relación a los tres niveles de análisis sobre la movilización política como acción colectiva, donde las redes sociales tuvieron efectos generativos, proponemos lo siguiente:

- a) Sobre el primer nivel de análisis, que es la acción colectiva al interior de colectivos u organizaciones movilizadas, identificamos los siguientes: las organizaciones que integran la Mesa de Unidad Social; colectivo "Ciclistas furiosos"; cursos de los Liceos que evadieron pasaje del Metro (Instituto Nacional, Liceo 7 de Providencia, entre otros); agrupaciones de asistencia y acompañamiento de las movilizaciones; organizaciones culturales, estudiantiles, gremiales y políticas y convocaron y que participaron en asambleas territoriales; organizaciones que adhirieron a la huelga nacional y; organizaciones y comunidades indígenas.
- b) Sobre el segundo nivel de análisis, que es la articulación entre colectivos movilizadas, identificamos los siguientes actores articuladores: Mesa Unidad Social; coordinadoras de asambleas territoriales autoconvocadas y; Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES).

- c) Sobre el tercer nivel de análisis, que es la incorporación masiva a la movilización de parte de la ciudadanía que no pertenece a colectivos previamente movilizados, identificamos como expresiones de movilización masivas: marchas; cacerolazos; cicletadas; participación en la Consulta Ciudadana para una nueva Constitución convocada por los Municipios y; la performance "Un violador en tu Camino."

En las secciones siguientes analizaremos desde elementos teóricos cómo se produjo la acción colectiva en cada nivel, enfatizando el papel que tuvieron las redes sociales presenciales y digitales.

4.1. Enmarcando teóricamente el análisis de la movilización como acción colectiva

Al inicio del artículo señalamos que éste tiene un carácter fundamentalmente teórico, pues ofrece una propuesta teórica para analizar la movilización ciudadana generada desde el estallido social. En esta sección esbozamos elementos centrales de la propuesta teórica. Comenzamos planteando que para entender las condiciones que favorecieron el surgimiento de la movilización de forma rápida, masiva y extendida, utilizamos, desde un punto de vista explicativo, el conocimiento disponible en ciencias sociales en torno a esa temática. Este conocimiento se relaciona, en una de sus perspectivas, a la teoría de la acción colectiva y a la teoría de redes sociales.

Utilizamos estas teorías para explicar la acción colectiva como fenómeno social teniendo, además, como marco teórico articulador a la sociología analítica (Linares, 2018; Hedström, 2010). Para especificar aspectos de la explicación basada en esta perspectiva, planteamos que la movilización como acción colectiva es un fenómeno que requiere ser explicado desde determinadas causas. Existen enfoques que identifican solamente causas macrosociales para explicar efectos macrosociales. Por ejemplo, como causa macrosocial, el descontento social (producido, a su vez, por la desigualdad social), genera, como efecto macro social, el estallido social. Si bien esto es correcto, en términos de que es verdadero, la explicación contenida, que va desde lo macrosocial hacia lo macrosocial, es incompleta porque falta especificar cómo la causa macrosocial genera el efecto macrosocial (el fenómeno explicado).

Una explicación sobre cómo una causa macrosocial genera un efecto macrosocial requiere, respecto al cómo, incorporar mecanismos explicativos. Estos mecanismos son pautas, patrones o procesos causales de ocurrencia frecuente o regular, conformados por actividades y entidades organizadas temporalmente. Estos mecanismos que aportan microfundamentos e inteligibilidad a la explicación, deben situarse, primero, a nivel explicativo microsocioal. Así se configuran explicaciones que van desde lo microsocioal, pasando por lo macrosocioal y retornando a lo microsocioal, es decir, se trata de explicaciones que se configuran desde transiciones micro-macro-microsocioales. Desde esta lógica, en el artículo nos focalizamos, primero, en el nivel explicativo microsocioal, donde se encuentra la acción social de individuos expresada en cooperación, que es sumarse a la acción colectiva. Esta acción social es

configurada en el entorno microsocioal de un individuo, conformado por otros individuos con los que componen redes sociales presenciales y digitales con características estructurales y relacionales específicas. Es en estas redes sociales donde se generan procesos de interacción estratégica y de influencia social, basados en motivaciones, expectativas y en la información que tienen los individuos y que pueden conducir a la acción colectiva individual.

A partir de la acción colectiva generada a nivel explicativo microsocioal, se produce, gracias a redes sociales con determinados atributos, la articulación entre colectivos movilizados. Además, como consecuencia de la acción agregada de miles de individuos situados en entornos microsocioales (entorno relacional), se genera, también gracias a redes sociales con propiedades particulares, como efecto emergente auto-organizado desde dinámicas bottom-up, la masiva acción colectiva como fenómeno social situado en el nivel explicativo macrosocioal. Luego, la acción colectiva como movilización masiva produce un efecto acumulativo (transición macro-micro), pues influye en los entornos microsocioales, afectando las motivaciones y la estructura de oportunidad de los individuos, y por tanto, su disposición a sumarse a la acción colectiva. En el nivel explicativo microsocioal encontramos mecanismos sociales situacionales y de formación de la acción, que explican cómo la acción social individual surge en entornos relacionales microsocioales, conformados, entre otros elementos, por redes sociales. También, en la generación desde la acción colectiva individual (nivel explicativo micro) hacia la acción colectiva masiva (nivel explicativo macro), existen mecanismos composicionales (mecanismos de agregación o composición).

Dicho esto, indicamos que los tres niveles de análisis sobre la movilización ciudadana como acción colectiva que identificados en la sección anterior (sección 4) son niveles de análisis empíricos. A continuación, situamos estos niveles empíricos desde el enfoque teórico recién explicitado. El primer nivel de análisis empírico, que es la acción colectiva al interior de colectivos u organizaciones movilizadas, corresponde al análisis de nivel explicativo microsocioal de la acción colectiva. Aquí, como veremos, se analiza la acción colectiva desde la teoría de juegos y la teoría de redes sociales como una acción social generada en entornos relacionales estratégicos.

El segundo nivel de análisis empírico, que es la articulación entre colectivos movilizados, también corresponde a un nivel de análisis explicativo microsocioal de la acción colectiva, donde la teoría de redes sociales es fundamental para explicar la ampliación de la acción colectiva a través de la articulación de organizaciones o colectivos. El tercer nivel de análisis empírico se refiere a la incorporación masiva a la movilización de parte de la ciudadanía que no pertenece a colectivos previamente movilizados. Corresponde al nivel de análisis explicativo macrosocioal de la acción colectiva, donde en la producción de ésta como fenómeno emergente operan mecanismos de influencia masiva y extendida anidados en redes sociales. A continuación, comenzamos analizando teóricamente las condiciones que favorecieron la formación de acción colectiva en el primer nivel de análisis empírico.

4.2. Movilización como acción colectiva al interior de colectivos. El papel de las redes sociales

Para analizar la movilización como acción colectiva al interior de colectivos, es necesario abordar las siguientes interrogantes ¿Por qué la acción colectiva es frágil?, ¿por qué, a pesar de su fragilidad, puede surgir y lograr generar bienes públicos?, ¿qué papel cumplen en ello las redes sociales? Comenzamos abordando la primera interrogante. Considerando el foco de este artículo, la acción colectiva se define como actividades que requieren la acción coordinada descentralizada entre individuos (sin una autoridad jerárquica o centralizada que intervenga), con el fin de lograr un propósito compartido. Expresiones de acción colectiva en política son entre otras, marchas, huelgas, tomas y revoluciones. Desde este concepto de acción colectiva surge la interrogante fundamental ¿por qué los individuos se implican en ella? Inaugurando la teoría convencional de la acción colectiva o teoría de la acción colectiva de primera generación, Olson (1971) analizó los obstáculos para el surgimiento de la cooperación social, expresada en la implicación de todos o la mayoría de quienes podrían realizar un esfuerzo compartido buscando un resultado determinado.

La dificultad, o más precisamente, el problema de acción colectiva, es que el resultado de la misma toma la forma de un bien público, del cual pueden beneficiarse incluso aquellos que no han contribuido a su provisión⁴. Si los potenciales participantes en la acción colectiva, y que integran grupos grandes, tienen preferencias maximizadoras y egoístas (es decir, se orientan exclusivamente por el interés propio, buscando el mayor beneficio al mínimo costo), tendrán motivaciones propias de un free-rider (o gorrón): decidirán no implicarse en la acción colectiva y tendrán la expectativa de que el resto sí lo haga y genere un bien público. Si todos deciden así, nadie se implicará en la acción colectiva, la que no se producirá y, en consecuencia, tampoco se generará el bien público buscado.

La acción colectiva así planteada representa un dilema social: un escenario de interdependencia en el que en un colectivo hay un potencial conflicto, una tensión entre el interés de cada uno y el interés de todos. Se trata de contextos en los que las decisiones son tomadas en forma simultánea y la consecuencia es que empeora la situación de todos, lo que no es previsto por nadie. Posteriormente, la lógica olsoniana de la acción colectiva fue analizada en términos de la teoría de juegos por Hardin (1982) y Taylor (1987). Hardin modela la acción colectiva como un dilema del prisionero agregado de n jugadores de una sola ronda (one-shot), es decir, donde los jugadores están en un escenario social en el que interactuarán solo en una vez y tienen elecciones binarias y simultáneas: deciden en el mismo momento si cooperan o no con los otros. El supuesto del juego, como modelo formal, es que los jugadores se orientan por el interés propio y además, son maximizadores de utilidad. En consecuencia, la primera preferencia de cada jugador es no cooperar y que el otro jugador coopere (NC,C), por lo que obtiene su mayor pago (ganancia o utilidad). En esta lógica, cada jugador optará por no cooperar, porque es la estrategia que les reporta una mayor utilidad.

4 Esto es así debido a los dos atributos de los bienes públicos: a) oferta conjunta (está disponible para todos, todos pueden beneficiarse simultáneamente de él) y; b) dificultad de exclusión (es difícil o imposible restringir del acceso al bien público a quienes no ha contribuido a su provisión) (Aguilar, 1991; García Sobrecases, 2000).

Si la no cooperación es la estrategia dominante (es la mejor respuesta de cada jugador, independiente de la estrategia de elija el otro –cooperar o no cooperar– y ninguno de ellos puede obtener su mejor pago eligiendo unilateralmente cooperar), el modelo predice que el resultado del juego es que la no cooperación generalizada es el equilibrio de Nash (conjunto de estrategias conformadas por la mejor respuesta de cada jugador respecto a las estrategias de los otros).

El *dilema del prisionero* de una sola ronda muestra que el fracaso de la cooperación es consecuencia de la búsqueda irrestricta del máximo beneficio propio y este resultado es inferior al que ambos jugadores obtendrían si cooperaran mutuamente⁵. En su análisis del *dilema del prisionero* repetido o iterado, Hardin plantea que el problema de la cooperación se produce si para los jugadores es de conocimiento común que existe de una ronda final del juego, es decir, una última instancia de interacción en la que cada jugador decide si coopera o no con los demás. Por inducción retrospectiva o inversa (*backward induction*), cada jugador anticipa el resultado final, referido a que los otros no cooperarán, pues no habrían consecuencias futuras, por ejemplo, la posibilidad de recibir represalias posteriores. Este posible resultado final es perjudicial para cada jugador, y, por ello, en la penúltima ronda la estrategia dominante de cada uno será no cooperar, y así sucesivamente en cada ronda previa, lo que produciría un equilibrio no cooperativo desde la primera ronda. La predicción es que el equilibrio no cooperativo en el juego iterado con ronda final es el mismo que un *dilema del prisionero* de una sola ronda.

Axelrod (1984), analizó cómo en el *dilema del prisionero* iterado los jugadores pueden aprender a cooperar, invirtiendo en reputación para formar en otros la creencia de que tiene preferencias cooperativas, a través de estrategias que operan como señales, por ejemplo, *tit-for-tat* (la heurística simple es comenzar cooperando y luego devolver cooperación con cooperación –*nice tit-for-tat*– y no cooperación con no cooperación, –lo que incluye amenazas de retaliación–). No obstante, estas estrategias no garantizan la cooperación basada en esa forma de reciprocidad, amenazando la estabilidad de la cooperación surgida desde decisiones secuencial.

Taylor (1987) analiza el juego del *dilema del prisionero* de n jugadores sin una ronda final y plantea que para que se produzca un equilibrio cooperativo en base a estrategias de cooperación condicional como *tit-for-tat*, cada jugador no puede aplicar inducción retrospectiva y requiere tener información sobre la cooperación de los otros en las rondas previas. A diferencia de los modelos de Axelrod, que formalizan interacciones estratégicas entre dos jugadores, esta condición es restrictiva si existe información incompleta y el tamaño del grupo es grande. En juegos iterados de n jugadores, estos pueden tener dificultades para distinguir las estrategias de cada jugador (sí, por ejemplo, jugó *tit-for-tat*).

Particularmente es complicado distinguir quienes no cooperaron para centrar las represalias en ellos, complicándose una efectiva coordinación respecto a cuál estrategia deben ocupar y cuándo hacerlo con cada uno de los jugadores. Así, lo que se requiere es la unanimidad de cooperación basada en *tit-for-tat* en todas las rondas. De lo contrario, si un jugador no coopera podría ocurrir que por su defección maximice sus beneficios y si no es sancionado podría seguir haciéndolo en las rondas posteriores. El

5 Es decir, se producen un óptimo de Pareto, pues ambos jugadores mejorarían su situación sin empeorar la de ninguno. En este caso, se produce más bien un resultado Pareto inferior, todos los jugadores empeoran su situación y ninguno la mejora (Kollock, 1995; Van Lange et al., 2014).

resto se desincentivaría a cooperar si advierten que no todos lo hacen. La unanimidad podría producirse, además, si todos los jugadores valoran suficientemente las ganancias en el largo plazo como mayores a las de corto plazo obtenidas por no cooperar.⁶

Taylor analizó las condiciones que favorecen la acción colectiva a través del *juego de seguridad*, en el que existen dos equilibrios de Nash en estrategias puras: cooperar-cooperar (C,C) y no cooperar-no cooperar (D,D). A diferencia del *dilema del prisionero*, cada jugador tiene como primera preferencia cooperar y, además, valora la cooperación de los otros, pero cooperará siempre y cuando los otros jugadores también lo hagan. Si los jugadores tienen la creencia de que los otros cooperarán, también lo harán cooperarán y se producirá el equilibrio cooperativo, que es un óptimo de Pareto. No obstante, es un escenario de información incompleta, si los jugadores no tienen *seguridad* o certeza respecto a las preferencias cooperativas de los otros, optarán por reducir riesgos de internalizar pérdidas unilaterales (cooperar y que los otros no cooperen, que es su peor pago).

Una dimensión del problema es ¿cómo alcanzar el equilibrio cooperativo? Esto incluye: a) en la primera jugada ¿cómo hacer que los jugadores se orienten hacia el equilibrio cooperativo? y; b) una vez iniciado el juego ¿cómo transitar desde el equilibrio no cooperativo hacia el equilibrio cooperativo? La segunda dimensión del problema se refiere a la estabilidad del equilibrio cooperativo, esto es, iniciado el juego ¿cómo lograr que el equilibrio cooperativo permanezca en las sucesivas rondas del juego, evitando el dilema social y alcanzando un resultado Pareto superior? (Bowles, 2004).

Para encontrar soluciones cooperativas que reviertan la fragilidad de la acción colectiva, la teoría de la acción colectiva analizó la relevancia y eficacia de diversos factores como la confianza, las normas sociales, la temporalidad de las interacciones y las motivaciones prosociales. Como veremos en la siguiente sección, todos estos factores requieren la existencia de las redes sociales.

En el *juego de seguridad* las expectativas de un jugador respecto a los otros son determinantes para el surgimiento de un equilibrio cooperativo estable. Por su parte, en el dilema del prisionero es más probable que surja la cooperación en grupos pequeños. En ambos casos, para Taylor (1991) juegan un papel fundamental las comunidades, en las cuales sus integrantes: a) establecen relaciones de larga duración; son fuertemente cohesionadas porque tienen relaciones directas y múltiples; generan y aplican normas sociales y; tienen motivaciones diferentes al interés propio maximizador o egoísmo.

Taylor y otros científicos sociales, entre otros Brenner (1988), Durston (1999) y Thompson (1995), han estudiado procesos relacionados a la acción colectiva política, en los que las condiciones para que ésta surja se anidan en comunidades urbanas y rurales de extracción campesina. Posteriormente, los atributos de las comunidades tradicionales y sus efectos fueron extendidos al estudio de otros contextos relacionales como organizaciones, vecindarios, grupos informales, en la que parientes, "correligionarios", "camaradas", establecen relaciones interpersonales repetidas o frecuentes, multifacéticas, de largo plazo, basadas en la confianza, reciprocidad y solidaridad,

⁶ En este sentido, Bowles y Gintis (2008) postulan que la estrategia *tit-for-tat* es posible en interacciones descentralizadas repetidas entre varios jugadores, si cada uno de ellos tienen claridad respecto a quienes han cooperado y quienes no lo han hecho en el período previo, lo que produce que todos tengan incentivos para mantener una reputación de ser cooperadores.

desde un identidad compartida, entre un número no muy grande de integrantes, reduciendo costes de transacción y orientando sus acciones a través de normas, lo que conduce a la cooperación (Bowles, 2004; Tilly (2010).

Estas *comunidades de práctica* o *comunidades de sentido*, pueden ser vistas desde la perspectiva de la teoría de redes sociales como comunidades relacionales. Las redes sociales se definen como el conjunto de al menos dos nodos (actores individuales o colectivos) directamente conectados entre sí (Scott, 2000). Aquí nos referimos a redes sociales presenciales, es decir, aquellas que se producen en interacciones cara a cara o en copresencia física. Un atributo de la estructura de las comunidades vistas como redes sociales es su alta conectividad: todos o la mayoría de los nodos están directamente conectados (son adyacentes) con los otros nodos de cualquier parte de la red, lo que se expresa en alta densidad de la red⁷. En este tipo de redes la mayoría de los nodos tienen alta centralidad de grado⁸, es decir, cada nodo está suficientemente conectado con el resto y la distribución de los vínculos respecto a los nodos es simétrica.

Además, todos o la mayoría de los nodos tienen la máxima cercanía entre sí. No hay nodos que intermedien entre ellos, por lo que están a distancia 1 (un nodo alcanza al otro en un paso), es decir, tienen una conexión "cara a cara." Por esa razón, todos o la mayoría de los nodos tienen la misma o similar centralidad de cercanía⁹. Estas redes densas tienen un bajo índice de centralización¹⁰: son descentralizadas, pues no hay uno o unos nodos que configuren un centro estructural, al concentrar todos o la mayoría de los vínculos, porque todos o la mayoría de los otros nodos se conectarían sólo con ellos y no con el resto.

En complemento a estos atributos estructurales, las redes del tipo señalado tienen atributos relacionales, es decir, los vínculos que las constituyen tienen determinadas características, entre las cuales destacamos dos. El primer atributo relacional es que los vínculos o *lazos son fuertes*, es decir, aquellos que: a) son de larga duración, porque fueron establecidos hace mucho tiempo y está la expectativa de que se prolonguen en el largo plazo; b) se configuran a partir de interacciones frecuentes y; c) son de alta intensidad, en términos de la confianza implicada y los intercambios recíprocos. Los vínculos *fuertes* configuran redes homogéneas porque quienes los integran tienen atributos similares. En segundo lugar, los vínculos son multifacéticos o solapados (*multiplex*), es decir, que operan simultáneamente en más de una faceta o contexto

7 La densidad es la proporción entre el total de vínculos reales (que efectivamente existen en una red), en relación al total de vínculos posibles en una red, según la cantidad de nodos que la integran (Scott, 2000).

8 La centralidad de grado es el total de vínculos directos de un nodo con otros en la red (Wasserman y Faust, 2013).

9 La centralidad de cercanía es la suma de la distancia en pasos o longitud de rutas más cortas (en pasos), es decir, los geodésicos que tiene un nodo con todos los otros nodos de la red. Cuanto más central es un nodo, más cerca está de todos los demás nodos (Everett y Borgatti, 2005).

10 El índice de centralización expresa el grado en el que en una red los vínculos están concentrados en uno o unos nodos. Corresponde a la variación de la centralidad de grado de los nodos dividida por la variación máxima de los valores de centralidad de grado de los nodos en una red del mismo tamaño. Es decir, el índice se compone considerando un numerador (la suma de las diferencias entre el valor de la centralidad de grado de cada nodo y el valor máximo de centralidad de grado encontrado entre los nodos de la red), valor que es dividido con el denominador (valor de la suma teórica máxima posible de las diferencias de centralidad de grado de cada actor). La suma teórica supone que en una red del mismo tamaño hay un nodo que tiene el máximo valor de centralidad de grado posible y el resto el mínimo posible (Knoke y Yang, 2008; Wasserman y Faust, 2013).

social, por ejemplo, contextos económicos, de parentesco, amistad, religiosos, entre otros (Granovetter, 1973, 1983).

Las redes sociales con alta densidad y compuestas por lazos fuertes corresponden a lo que Coleman (1988) denomina cierre de red (*closure*). En estas redes el comportamiento de cada integrante es altamente observable por todos, porque esa información se distribuye de forma homogénea y rápida entre todos los nodos de la red, haciendo que la comunicación y la coordinación sean expeditas y de bajo costo. Así, pueden ser efectivas las normas sociales porque es posible identificar a quienes las cumplen a quienes no lo hacen. En complemento, los integrantes de la red tienen incentivos para labrarse una reputación de ser confiables, para lo cual cooperan con otros, lo que favorece y refuerza la confianza y la reciprocidad (Aoki, 2000; Bowles y Gintis, 2002; Kandori 1992). Así es posible superar la inercia de la no cooperación del dilema del prisionero, situando más bien a los jugadores en equilibrios cooperativos propios del *juego de seguridad* (Chong, 1991; Lichbach, 1997).

Desde esta perspectiva, el papel de las redes para promover la acción colectiva al interior de colectivos es el siguiente: si en los colectivos las redes sociales configuran una *comunidad relacional*, basados en Barrera (2008), Raub, Buskens y Frey (2013) y Razo (2016), proponemos que las redes sociales activan el mecanismo social de *cooperación enraizada (embedded) en red*. Se trata de procesos de control y aprendizaje mutuo que orientan hacia la cooperación en contextos de interacciones repetidas entre un grupo de personas que comparten información sobre sus preferencias, motivaciones y comportamiento, lo que favorece el surgimiento de confianza y de compromisos mutuos.

En este punto, es importante destacar el papel de motivaciones de los individuos para configurar preferencias diferentes al *dilema de prisionero* y para orientarlos a seleccionar el equilibrio cooperativo en el *juego de seguridad*. Se trata de motivaciones prosociales o de consideración por los otros, entre las que se encuentran el altruismo (orientación por generar bienestar en otros producto de la acción propia), el sentido del deber orientado por normas morales (aquellas que se siguen incondicionalmente), la orientación hacia la cooperación guiada por normas sociales (aquellas que se siguen condicionalmente, según las expectativas sobre el comportamiento de otros (Elster, 1991; Taylor, 1991) y la identidad (creencias formadas intersubjetivamente por un individuo y que se refieren a sí mismo y al colectivo del que forma parte: "yo soy X y por tanto actúo haciendo Y") (Aguiar y de Francisco, 2007).

También, son relevantes la aversión a la inequidad (resistencia a las desigualdades y preferencia por la justicia) (Ahn et al, 2003) y la reciprocidad fuerte (motivación de cooperar con otros en forma condicional y además, de incurrir de forma incondicional o altruista en costos para sancionar comportamientos no cooperativos) (Fehr, Fischbacher y Gächter, 2002). Estas motivaciones tienen como base emociones prosociales que incluyen la vergüenza (por no cumplir una norma social), el desprecio (antes quien no cumple una norma social), el remordimiento o culpa (por no cumplir una norma moral), la indignación (antes quien no cumple una norma moral (Elster, 2011). Estas motivaciones prosociales tienen una base evolucionaria, pues surgen como capacidades adaptadas para la cooperación que son fijadas cognitivamente y que se activan en condiciones específicas (Tooby et al., 2006), las que básicamente se refieren a la existencia de redes como entorno social.

Desde los elementos señalados, sobre motivaciones y estructuras de redes, explicamos la cooperación al interior de colectivos. Es cierto que en su teoría de los movimientos sociales, Tilly, Tarrow y McAdam estudian el surgimiento de la acción colectiva, expresada acción política contenciosa desde la perspectiva de las redes sociales. Para ello, buscaron especificar mecanismos relacionales, entendidos como procesos regulares producidos en un mesonivel, entre lo macro (configuraciones institucionales) y lo microsocio (subjetividad individual) (McAdam, 2003; McAdam, Tarrow y Tilly, 2001; Tarrow, 2011).

En este mesonivel o nivel relacional-colectivo (grupos, organizaciones articulados desde redes sociales) operan mecanismos sociales analizados, desde un realismo relacional, considerando las relaciones sociales como unidades básicas de lo social (Aguilar y Funes, 2011; Maíz, 2011). Entre estos mecanismos relacionales está el de *brokerage* (conexión vía intermediación entre diferentes colectivos movilizados) y el de difusión (transferencia de información entre colectivos conectados, gracias a lo cual se diseminan repertorios y acciones contenciosas). El déficit de la propuesta teórica de esos autores es que no ofrece microfundamentos para explicar cómo surgen esos mecanismos sociales.

Asumiendo, como antes señalamos, la perspectiva de la sociología analítica, en torno a la explicación de la acción colectiva relacionada a las redes sociales, planteamos que los atributos estructurales y relacionales de esas redes configuran un escenario que surge, en términos mertonianos, como una consecuencia no esperada de la acción intencional. Este escenario además configura y activa motivaciones e interacciones estratégicas (Baldasari, 2009; Hedström, 2007) Así, desde esta perspectiva y más específicamente, en torno a la cooperación condicional en un *juego de seguridad*, a partir del mecanismo social *cooperación enraizada (embedded) en red*, esbozamos la explicación sobre el surgimiento de la acción colectiva al interior de colectivos u organizaciones conformadas por individuos que interactúan en redes sociales con determinadas características. En complemento, desde la perspectiva de la sociología analítica antes esbozada, la acción individual constreñida por redes sociales produce a nivel agregado, y producto de *mecanismos transformacionales*, una transición *micro-macro*, desde la cual surgen dinámicas colectivas como las movilizaciones masivas generadas de forma descentralizada (Hedström y Swedberg, 1998).

La explicación hasta aquí propuesta sobre el efecto de las redes sociales presenciales en la acción colectiva al interior de colectivos u organizaciones es incompleta, pues es necesario problematizar qué ocurre en redes que tienen como atributos ser de tamaño grande y estar compuestas por individuos que interactúan repetidas veces, que tienen motivaciones y recursos heterogéneos, que tienen información incompleta (por lo cual podrían no saber claramente cuáles fueron las estrategias de los otros jugadores) y que deciden secuencialmente, no simultáneamente, teniendo en cuenta las decisiones previas de otros. Lo anterior supone la necesidad de realizar un análisis dinámico de la acción colectiva, porque las decisiones son interdependientes en el tiempo.

Schelling (1989) analizó un *dilema del prisionero* iterado en el cual cada jugador, para tomar sus decisiones necesita saber cómo eligen los demás, específicamente, considera el número como un agregado de las decisiones individuales. Lo relevante son las consecuencias que representa el número, en términos de costos y beneficios de implicarse o no en la acción colectiva. Si N es el número total de un colectivo, K (>1) es la cantidad mínima de ese N , que es el *umbral (threshold)* que requiere un colectivo para que sus integrantes obtengan beneficios de la cooperación y la acción colectiva sea

posible. Uno de los problemas que surge es que si el N es grande y en aumento, porque es difícil saber cómo juegan los otros jugadores y cuál es el número satisfactorio del parámetro K . Para lograr más claridad, Granovetter (1991) propone no considerar umbrales colectivos, si no umbrales individuales, es decir, el número de personas del entorno de un individuo que es necesario que se suman previamente a la acción colectiva, para que ese individuo decida sumarse posteriormente. Además, Granovetter consideró modelos en los que *umbrales* son heterogéneos.

A partir de lo anterior, Oliver, Marwell y Prahl (1988), plantean: a) que es posible, dada la heterogeneidad de motivaciones en un colectivo, que un subgrupo pequeño que lo compone esté dispuesto a asumir los costos de proveer el bien público, pues los integrantes de ese subgrupo disponen de recursos y/o valoran altamente su formación, configurando la *masa crítica* necesaria para las primeras fases de la acción colectiva y; b) que existe influencia a través de redes sociales que establecen los integrantes del colectivo, influencia que afecta sus *umbrales* individuales. En este escenario, puede ocurrir, como lo estableció Elster (1991), que cooperadores incondicionales son los cooperadores iniciales y luego se incorporen cooperadores condicionales, lo que, en todo caso, será posible si la función de producción del bien público tiene rendimientos marginales crecientes, es decir, si se trata de aquellas formas de acción colectiva en las cuales mientras más individuos se impliquen, mayor será el éxito del colectivo movilizado.

La dinámica de operación de la *masa crítica* quedó más clara cuando se consideró que cada individuo forma parte de una red y que tiene un "vecindario" compuesto por los nodos con los que está conectado. Una proporción de los nodos de esa red que sigue un curso de acción constituye el *umbral* o exposición de un individuo. Aquí, es necesario señalar que individuos con *umbrales* bajos requieren que pocos de su entorno se movilicen para hacerlo él. Con un *umbral* alto ocurre lo contrario. Considerando lo anterior, diferentes individuos con un mismo *umbral* se movilizarán en momentos diferentes, según el momento en que se movilicen los individuos que conforman su red. Individuos cuya red está integrada por otros con un bajo *umbral* se movilizarán primero respecto a otro con un mismo *umbral* que se conecta a otros con *umbrales* altos (González-Bailón, 2009). En redes sociales no tan grandes, cada individuo necesitará de un número menor de otros que se movilicen para hacerlo, en comparación con el número mayor de movilizados que necesitan quienes integran redes más grandes.

Desde lo señalado hasta aquí, podría explicarse la rápida movilización al interior de colectivos u organizaciones durante el estallido social. Bajo ciertas condiciones podrían movilizarse producto del mecanismo social de *cooperación enraizada (embedded) en red*. Bajo determinadas circunstancias podrían movilizarse gracias al mecanismo que denominamos *movilización secuencial en redes pequeñas y densas*: la mayoría de los individuos están directamente conectados, comienzan movilizándose individuos con *umbrales bajos*, que se orientan por motivaciones prosociales. Ellos producen la *masa crítica* y se movilizan quienes tienen *umbrales* medianos y altos.

Es interesante constatar que disponemos de evidencia empírica sobre las dinámicas de movilización al interior de cursos en liceos a los que asisten estudiantes implicados en las protestas de 2011 en Chile. Analizando el proceso de implicación como un juego de coordinación con información incompleta, utilizando datos de asistencia escolar en días de protesta y no protesta, se encontró que los estudiantes decidieron no asistir a clase, arriesgando costos en términos de rendimiento académico, cuando, como *umbral*, más del 40% de los integrantes de su red también no asistieron. En las redes presenciales

(*offline*) pequeñas y con lazos fuertes entre compañeros de clases influyeron las normas sociales que reprobaban la no cooperación y donde era importante practicar la reciprocidad y labrarse una reputación de cooperador (González, 2020).

En este punto es posible visualizar y analizar la relevancia de las redes sociales digitales en la generación de movilización como acción colectiva al interior de colectivos u organizaciones. Como indicamos, las tecnologías o aplicaciones digitales (las App) y de la web 2.0 (*Facebook, Twitter, WhatsApp, Messenger, Instagram, Youtube, Vimeo*, páginas web, entre otras), permiten la existencia de redes sociales digitales, concebidas como conexiones virtuales entre personas que intercambian contenidos. Al interior de los colectivos se produce la participación política *online*, expresada en *e-movilización*: coordinación y promoción de actividades políticas *offline*. Este también llamado activismo *online*, activismo digital o ciberactivismo, se concreta en la publicación y difusión de contenidos políticos (hechos, opiniones, objetivos), visibilización, reflexión y debate sobre problemáticas, suscripción de campañas políticas *online* y *offline*, entre otras (Sádaba, 2012).

Al interior de los colectivos sus integrantes difunden y reciben contenidos políticos. Las interacciones expresadas en un *Tweet*, un mensaje en *Messenger*, etc., son metodológicamente analizadas como conexiones entre nodos, es decir, entre las personas que se conectan a través de una interacción digital. Así se han estudiado redes sociales digitales que tienen atributos estructurales diferentes a los de redes presenciales, pues se trata de redes con: a) densidad más baja; b) estructuras más jerárquicas y concentrada en algunos nodos y; c) conectividad global (Contreras, 2019). Los nodos con más centralidad de grado son los más vivibles en la red y por ello, tienen alta capacidad de convocatoria y distribuyen información y contenidos de forma rápida hacia el resto de la red. Su rol es central en la transmisión y adopción generalizada de ideas entre los integrantes de la red, pues estudios muestran que basta con un 10% de individuos influyentes interesados en compartir e impulsar causas o ideas, para que se produzca consenso y compromiso en el resto (Fábrega, 2013).

Un aspecto fundamental es que al interior de los grupos movilizados sus integrantes establecen redes multidimensionales: interactúan tanto en las redes presenciales (*offline*) como en las digitales (*online*), las que se solapan y en la cuales los vínculos o conexiones son *multiplex*, pues, como antes señalamos, los individuos que los establecen interactúan simultáneamente en diversos contextos, entre ellos, los políticos y otros, como el de amistad. Además, realizan y complementan actividades *online* y *offline* (Pavan, 2014).

En términos de la naturaleza de los vínculos, se observan interacciones muy frecuentes (Contreras, 2019). De hecho, redes digitales con características como las señaladas permiten reducir limitaciones propias de las redes sociales presenciales, entre ellas, costos de organización y también limitaciones de participación que existen por razones de tiempo y espacio. Todo ello incrementa la discusión política. Además, si bien la discusión política *online* no aporta información novedosa a quienes tienen vínculos *fuertes* (pues, al contrario, esa información es redundante), sí refuerza la motivación para implicarse en la participación *online* y *offline* (Valenzuela et al, 2011).

Estos atributos de las redes digitales permiten que operen como escenarios de influencia social. Así, los integrantes de colectivos configuran (comparten, aprenden) *repertorios de contención*: tácticas de protesta que conforman el menú de actividades de acción colectiva y las expectativas compartidas respecto a esas tácticas. También las redes

sociales digitales producidas al interior de los colectivos operan, en términos teóricos clásicos (McAdam, McCarthy y Zald, 1999), como estructuras de movilización (canales colectivos formales e informales desde los cuales surge la movilización). En ellas se producen procesos enmarcadores, es decir, significados compartidos y conceptos desde los cuales integrantes de un colectivo interpretan una situación y se implican en la movilización. En términos teóricos más recientes, desde el *realismo relacional* (Tilly, 2008), en las redes sociales digitales se activarían *mecanismos cognitivos* (enmarcamiento y dotación de sentido) o, según Passy y Monsch, (2014), impulsarían procesos de construcción cognitivos de identidad y reforzamiento de compromiso.

Estos procesos tienen marcados componentes expresivos y emocionales que se crean y transfieren en torno a la autoafirmación política y a la oposición política a un otro, en contra del cual se movilizan (Paltoglou, 2014). Cárdenas (2014) aporta evidencia sobre lo anterior, en relación a las movilizaciones estudiantiles de 2011 a 2013 en Chile. Muestra que en el uso plataformas como Facebook y Twitter circularon contenidos discursivos de legitimidad, identidad y compromiso. También Valenzuela et al., (2012) analizan el uso de plataformas digitales como medio de autoexpresión política y exploran su relación con la movilización estudiantil de 2011. A partir de lo señalado, planteamos que las redes sociales digitales aportan a la formación y estabilidad de motivaciones prosociales, a distribuir información sobre las preferencias y comportamientos de otros, lo que favorece la coordinación social necesaria para generar juegos de coordinación. Además, las redes digitales favorecen que individuos tengan umbrales bajos para movilizarse, formándose más rápido la masa crítica y la movilización generalizada.

4.2. Articulación entre colectivos movilizados. El papel de las redes sociales

Las movilizaciones masivas requieren la participación inicial de organizaciones, grupos, etc., es decir, colectivos movilizados y para ello, es necesario, como vimos, la movilización de sus integrantes. Ahora bien, para que la movilización se produzca a gran escala, es necesaria la articulación entre los colectivos u organizaciones movilizados. Baldassarri y Diani (2007) conciben estas articulaciones como redes cívicas. Se trata de redes interorganizacionales (que combinan colectivos formales e informales) que ayudan a dos tipos de integración. Una es la integración en el micronivel, situado al interior de las organizaciones. Producto de las alianzas, se intercambian recursos y coordinan estrategias y acciones conjuntas, lo que fortalece a cada organización y genera interdependencia entre ellas. Otra es la integración en el macronivel, al configurar la movilización de gran escala en la que se implican organizaciones. Diani (2015) indica que las alianzas en redes cívicas son posibles porque las organizaciones que las integran tienen experiencias previas de actividades de movilización similares y además, tienen opiniones similares sobre la política, por lo que operan procesos de homofilia, dado que la articulación se produce entre quienes son ideológicamente homogéneos. Todo lo anterior, favorece la confianza mutua a través del tiempo.

La integración en el macronivel emerge desde un conjunto amplio de redes descentralizadas, policéntricas, heterárquicas y horizontales. Estas redes sociales tienen determinadas propiedades relacionales (de la naturaleza de los vínculos) y estructurales (de la estructura o topología de la red). Respecto a las propiedades relacionales, siguiendo la distinción trazada por Granovetter, las conexiones constituyen vínculos débiles. Antes indicamos que al interior de los colectivos existen vínculos fuertes en redes

densas y homogéneas, pues sus integrantes son similares y comparten información similar, la que se hace redundante. Pues bien, entre los colectivos las conexiones son configuradas por vínculos débiles, es decir, por conexiones menos frecuentes, con contenidos menos expresivos y más instrumentales. Lo relevante es que, si entre los colectivos existe heterogeneidad, pues esos colectivos son diferentes en términos de recursos (información, conocimiento, puntos de vista), cada uno puede aportar a los otros recursos novedosos, diferentes a los que circulan en su interior, fortaleciendo a cada colectivo y sinergizando las alianzas entre ellos (Baldasari y Diani (2007).

Desde una perspectiva dinámica las redes evolucionan y cambia su estructura. En este proceso las redes cumplen una función de conexión estructural: en las redes de articulación de colectivos, primero se producen conexiones entre esos colectivos, que conforman grupos de colectivos y posteriormente, esos grupos se articulan con otros grupos (cliques o N-cliques)¹¹ y los vínculos que los conectan son vínculos débiles. Estos vínculos operan estructuralmente como puentes tendidos entre líderes de los grupos, quienes realizan brokerage. De esta manera es viable la circulación de recursos entre los grupos, información que, como señalamos, es novedosa porque es diferente a la que circula al interior de los grupos (Diani, 2003, 2011; Krisnky y Crossley, 2015; Passy, 2003).

En las redes de copresencia física la articulación entre colectivos movilizados es un proceso gradual, porque es afectado por factores de tiempo y espacio. Hedström et al. (2000), ilustran el punto mostrando que para la expansión de una movilización política a través de la articulación de diversas organizaciones, fue necesario que líderes realizaran viajes a diferentes lugares, operando como brókers, al establecer vínculos con dirigentes que conducían organizaciones territoriales. No obstante, las limitaciones de tiempo y espacio se atenuaron gracias a la operación combinada de dos mecanismos sociales de influencia social.

Los brokers difunden información política hacia diferentes organizaciones separadas espacialmente. A pesar de ello, en etapas iniciales de una movilización las organizaciones se sumaron a la actividad política, aun teniendo incertidumbre sobre las consecuencias futuras de la movilización iniciada, debido, por una parte, al mecanismo de imitación: la observación de los resultados de la conducta de otros activa una heurística de aprendizaje, según la cual, la observación de conductas eficaces de otros aporta información que influye en las creencias de quien observa, optando éste por realizar conductas similares. Por otra parte, en complemento, opera el mecanismo de persuasión: la interacción directa de un actor orientada intencionalmente a persuadir a otro, efectivamente lo orienta a actuar de esa forma.

El proceso de contagio de la movilización en contextos de dispersión espacial fue posible gracias a la existencia de una red de mesonivel, que tiene propiedades diferentes a las de redes micronivel: mayor distancia territorial (alcance espacial mucho más amplio) y menor distancia sociométrica (distancia no grande debido a la existencia de rutas geodésica, donde la distancia es el número máximo de pasos entre un par de nodos). Hedström (1994), estableció la relevancia de que las organizaciones receptoras de la información política estén formadas por redes densas, integradas por individuos con alta

11 Un clique es un subconjunto cohesivo de, al menos, tres nodos directamente conectados entre sí. Un N-clique es un subconjunto cohesivo en el cual la distancia geodésica entre cualquier par de nodos no es mayor que $n - 2$. Con $n \leq 2$, los nodos no necesitan ser adyacentes porque existe accesibilidad gracias, como máximo, a un intermediario (Wasserman y Faust, 2013).

centralidad de grado, producto de lo cual la información se difunde de forma rápida, fidedigna y homogénea.

Gracias a mecanismos como los señalados, anidados en redes con atributos como los indicados, la articulación en redes presenciales es posible de forma rápida y extendida, a pesar de los costos de organización y limitaciones de tiempo y espacio. No obstante, la velocidad y alcance logrados en las movilizaciones es amplificado, incluso para alianzas transnacionales, gracias a las redes sociales digitales (Diani, 2010). En estas redes las tareas de articulación son asumidas fundamentalmente por actores que ejercen roles de liderazgo por su influencia, autoridad y status, quienes, debido a su alta centralidad de grado forman parte del centro estructural de redes más o menos centralizadas. Producto de ello, transmiten información al interior de la organización e intercambian información con otras organizaciones.

Gracias a sus actividades online, el networking de las organizaciones en alianza se despliega en tres dimensiones: estratégica, organizacional y normativa. En la dimensión estratégica las organizaciones comparten información útil para sus propósitos de movilización. En la dimensión organizacional logran autogestionarse o coordinarse internamente. En la dimensión normativa comparten discusiones y reflexiones normativas relacionadas a la justicia social, a partir de lo cual forman identidades compartidas (Vicari, 2015).

Podemos advertir la presencia de mecanismos y factores como los antes expuestos en los procesos de articulación de colectivos en redes digitales en Chile. Sola-Morales y Rivera (2015) y Von Bülow (2018) muestran la relevancia del uso de plataformas online como Facebook, Twitter y Youtube para federaciones de estudiantes universitarias, como la FECH y FEUC, en su esfuerzo por articular de organizaciones estudiantiles al interior de las universidades. A través de la comunicación online o las prácticas de activismo online se fomentó la identidad colectiva (sentido de pertenencia, configuración de un antagonista político), se difundieron valores e ideas políticas (contenidos ideológicos y normativos) y se desarrolló coordinación offline (discusión de propuestas, metas y oportunidades de acción política, dar visibilidad a la movilización).

4.4. Incorporación masiva a la movilización de parte de la ciudadanía. El papel de las redes sociales

Uno de los problemas más fascinantes abordados desde las ciencias sociales sobre las movilizaciones es ¿cómo es posible que emerjan de forma inesperada, rápida, masiva y extendida movilizaciones? Ejemplos de estas movilizaciones con estas características impulsadas desde redes sociales son: la revuelta en la Plaza Tiananmen, en China durante 1989; la movilización que impulsó la caída del muro de Berlín, en Alemania durante 1989; las movilizaciones que derrumbaron los regímenes del bloque socialista europeo durante 1989; la revuelta racial en los Ángeles, Estados Unidos durante 1992 y; la insurrección del ejército Zapatista en Chiapas, México durante 1994 (Aguar y Moscoso, 1997).

Es claro que estas movilizaciones requieren no sólo de la acción colectiva al interior de organizaciones movilizadas y de la articulación entre organizaciones o colectivos movilizadas. También se requiere la implicación de miles, cientos de miles o millones de

ciudadanos que no participan en organizaciones o colectivos movilizados. Bien, pero ¿cómo ocurre esto? Al igual que en las secciones anteriores, destacamos en papel de las redes sociales en la generación de transiciones entre lo microsocio (formación de preferencias y decisiones individuales) y lo macrosocio (dinámicas sociales masivas). Estas transiciones ocurren a partir de mecanismos sociales determinados, que, primero, no son intencionales, es decir se producen, como antes señalamos, como consecuencia no esperada de la acción individual y, segundo, operan como efecto de redes sociales con determinadas características.

Las respuestas teóricas ofrecidas en la literatura desde fines de los 70, con obras seminales de autores ya comentados como Thomas Schelling y Mark Granovetter, se refieren a factores como los umbrales secuenciales de activación de la acción colectiva y la masa crítica necesaria para que este se produzca. En este marco, los modelos teóricos formales iniciales y posteriormente, la evidencia empírica y la provista desde modelizaciones, muestra la importancia de una masa crítica generada a partir de una porción inicial movilizados, que tienen: a) motivaciones prosociales; b) bajos umbrales para implicarse en la acción colectiva y; c) está interesados en la provisión de un bien público producto de la acción colectiva. Posteriormente, desde mediados de los años 90 se elaboraron modelos (Valente, 1996) en los que el entorno social que observan los individuos para decidir implicarse en la acción colectiva (es decir, la decisión individual influida por lo que hacen los demás) estaba constituido por redes sociales.

Proponemos, según lo revisado en las secciones anteriores, que la masa crítica es conformada por individuos que incluyen cooperadores incondicionales y condicionales movilizados al interior de organizaciones o colectivos y por la ampliación de la movilización a partir de la articulación de esas organizaciones o colectivos. Posteriormente, siguiendo a González-Bailón (2009) y a Oliver y Myers (2003), se suman rápida y masivamente ciudadanos a través de un proceso de influencia social, más específicamente, de contagio, lo que es posible gracias a la estructura global de gran escala que configura todo el conjunto de movilizados.

Es interesante considerar el efecto de determinados parámetros sociales en la configuración de umbrales para generar movilizaciones masivas. Ormazábal et al. (2017), a partir de evidencia experimental obtenida desde simulaciones sociales muestran que, bajo condiciones de baja legitimidad del sistema político producto de la desigualdad en la distribución de ingresos, individuos afectados por esa desigualdad están altamente dispuestos a participar en protestas social, a pesar de los costos que supone la represión policial. Una cantidad suficiente de individuos movilizados genera un entorno relacional en el que progresivamente un individuo está expuesto a más individuos movilizados, lo que, en un punto del ciclo produce la masa crítica necesaria para que la protesta se extienda a una escala mayor. Las simulaciones muestran que si la desigualdad se mantiene, las movilizaciones permanecen y que a mayor desigualdad las movilizaciones son más regulares.

Respecto al papel de las redes sociales en estos procesos, su estructura determina las dinámicas de difusión de contagios, según combinaciones de vecindarios o entornos relacionales de nodos ego y sus respectivos umbrales. Así se configura el punto inflexión necesario de superar para formar la masa crítica. En los procesos de contagio a gran escala opera el mecanismo de cascadas informacionales, según el cual son cruciales los flujos de información disponible sobre cómo actúan los demás (Watts y Dodds, 2009). De forma más específica, las dinámicas de acción colectiva son generadas porque está

disponible la información sobre la acción de un individuo, información que influye hacia el resto. Esta información que antes no estaba disponible es revelada en redes presenciales, a través de la participación en manifestaciones públicas. La información sobre quiénes y cuántos aproximadamente se movilizaron es revelada en redes densas y así quienes acceden a esta información se movilizan y esta nueva información sobre un nuevo segmento movilizado fluye en redes más amplias, gracias a la existencia de variados lazos débiles que funcionan como puentes (*bridging ties*) entre subcomponentes de las redes o clusters. Así, sucesivamente, más individuos se movilizan, se genera nueva información sobre sus comportamientos, la que fluye rápidamente en redes de mayor alcance, atrayendo a otros a moverse (González-Bailón, 2009).

Redes conectadas de gran escala combinan cohesión local (densidad al interior de grupos) y conectividad global (gracias a conexiones entre grupos diferentes). Desde estos atributos de red, las cascadas informacionales se producen como una dinámica en la que individuos, al participar en actividades presenciales como marchas, saben que se movilizan aquellos que forman parte de su grupo de referencia y también se enteran de que lo hacen otros que no conocen, lo que los incentiva a sumarse a la acción colectiva. Estas redes son eficientes, es decir, son robustas y rápidas en la transmisión de información, cuando su estructura y dinámica es del tipo de redes *small world* (mundo pequeño) y *free-scale* (libre de escala) (González-Bailón, 2009).

Ambas redes tienen estructuras aleatorias (no regulares) porque sus nodos no tienen la misma cantidad de conexiones que las de redes regulares, que sí los tienen. Las redes mundo pequeño tienen, por una parte, densidad local similar a la de redes regulares y por otra, el mismo diámetro (la misma distancia máxima entre un par de nodos) que las redes aleatorias.¹² Por lo anterior, los nodos en la red son cercanos o están a pequeña distancia de los otros¹³ y la corta distancia promedio y la alta densidad viabiliza la propagación de información sobre los comportamientos de otros de forma rápida y global en toda la red. Las redes libres de escala son menos densas y más centralizadas. La mayoría de los nodos no están conectados entre sí y están conectados a pocos nodos que concentran las conexiones (conforman el centro estructural de la red y tienen alta centralidad de grado). Estas redes también son de diámetro pequeño porque cualquier par de nodos es próximo a otros que tienen muchos vínculos y que generan conectividad entre ellos y con el resto de los no conectados entre sí (González-Bailón, 2009).

En las redes digitales estos procesos de influencia social se amplifican exponencialmente, debido a que las comunicaciones son instantáneas, reduciendo las limitaciones temporales, permitiendo, además, que en forma paralela miles o millones de personas accedan a la misma forma información y que también puedan intercambiarla. En complemento, la comunicación es de largo alcance, reduciendo las limitaciones de distancia geográfica. Finalmente, la comunicación es de bajo costo, por lo que el acceso a ella es más simétrico. De esta forma es viable la implicación masiva de la ciudadanía en formas de política heterogéneas y *bottom-up* (González-Bailón, 2014). Así fueron posibles rápidas, masivas y sostenidas movilizaciones como las producidas en

12 La distancia se mide como el número de enlaces o conexiones que requieren dos nodos para estar conectados (González-Bailón, 2009).

13 Por ejemplo, dos nodos son cercanos o próximos, si su distancia es 1, o sea si son adyacentes o están directamente conectados o si su distancia es dos, o están a dos pasos, cuando están indirectamente conectados a través de un nodo que intermedia entre ellos.

España (Indignados), en Hong Kong (Revolución de los Paraguas), en el norte de África (Primavera Árabe) y en Estados Unidos (Occupy Wall Street) (Castell, 2012; Tilly, 2009).

Una actividad fundamental producida en redes digitales es la discusión política online, que permite activar procesos de influencia social y difusión de información (González-Bailón, 2014; González-Bailón et al. 2014). Si bien es cierto que estos procesos son afectados por la polarización política y la desinformación (fake news), aun así, tienen efectos para promover y coordinar la masiva movilización offline. Esto se produce, en parte, gracias a la comunicación, sobre todo en Twitter, entre líderes de opinión, que concentran vínculos, y sus seguidores. Además, desde redes digitales se facilita la coordinación emergente a gran escala, donde los flujos de información repetidos producidos en plataformas como Twitter y Facebook tienen propiedades de redes de escala libre (free-scale). Redes digitales más menos centralizadas y homogéneas (por efecto de la homofilia política) generan fuerte influencia social, propagando el contagio y formando la masa crítica necesaria para la movilización (Piedrahita et al., 2018).

5. LA PERMANENCIA DE LA MOVILIZACIÓN CIUDADANA A PESAR DEL CONFINAMIENTO POR LA PANDEMIA DE COVID-19. EL PAPEL DE LAS REDES SOCIALES

Para finalizar, en esta sección analizamos el confinamiento producto de la pandemia del COVID-19 como un posible factor de la desmovilización política generada durante el estallido. A partir de lo señalado en las secciones previas sobre el papel de las redes sociales presenciales y virtuales en la movilización política, proponemos ideas para abordar la interrogante antes enunciada ¿por qué, a pesar del confinamiento producto la pandemia del COVID-19 que limitó durante meses la movilización política en espacios públicos, ésta no declinó y, como consecuencia de la acción colectiva antes analizada, se mantuvo la motivación de los ciudadanos de participar en lo político?¹⁴

Para comenzar, es necesario visualizar los procesos de contagio del COVID-19 desde la perspectiva de las redes sociales. La teoría de redes sociales es uno de los campos de aplicación de la teoría de redes (derivada de la teoría de grafos), a partir de la cual se estudian diversos fenómenos en base a la conexión entre nodos. Así, se estudian, por ejemplo, redes de transmisión eléctrica y redes de cadenas tróficas. Pues bien, un campo de aplicación de la teoría de redes es el estudio de procesos epidemiológicos como redes de contagio, en las cuales el contagio constituye un nexo, mediado por el aire o un objeto, entre un nodo (el portador) y otro nodo (el contagiado) y desde contagios persona a persona se propagan pandemias a gran escala a partir una red contagios que tiene atributos de una red compleja (Solé, 2009; Watts, 2006).

Dos aspectos críticos en la propagación del contagio son la estructura de la red y la posición de determinados nodos, que dada su centralidad, puede ser agentes de transmisión de alto impacto (Karaivanov, 2020; Manzo y Van de Rijt, 2020; Soa et al., 2020). Estos factores están a la base de las estrategias de prevención de nuevos contagios de COVID-19, entre las cuales se incluyen testeo, trazabilidad, vacunación y confinamientos. En relación al confinamiento, lo que busca es

¹⁴ Por ejemplo, hubo alta participación en el plebiscito de octubre de 2020 y se tematizan expresiones como "estallido social 2.0 recargando" y "ya no a la Plaza Dignidad, ahora a la Moneda".

desarticular la red de contagios, evitando la circulación de las personas para evitar los contactos, por un lado, aislando a los portadores y, por otro, restringiendo la circulación de los no contagiados. En Chile, la expresión de lo anterior es supuestamente el Plan Paso a Paso, que propone avanzar gradualmente, según la situación sanitaria de cada Comuna, desde el confinamiento absoluto hasta la apertura avanzada.

Desde la perspectiva de la teoría de la acción colectiva, proponemos que la reducción del nivel de contagios del COVID-19 puede ser entendida como un bien público: si cada ciudadano cumple con las medidas de confinamiento se podría desactivar la red de propagación, lo que beneficiaría a todos los ciudadanos. Sin embargo, identificamos dos factores adversos para la generación del bien público señalado. Es importante advertir que ninguno responde a la lógica del free-rider como degradadora de la cooperación necesaria para la acción colectiva.

Uno factor adverso para la formación del bien público señalado es la marcada precariedad del empleo en Chile, lo que fuerza a ciudadanos a asumir riesgos de contagio, no teniendo opciones de recluirse como otros ciudadanos que están en mejor situación socioeconómica. Esta población en condiciones precariedad laboral constituye una población vulnerable y de riesgo en el marco de la pandemia. Siguiendo a Julián (2020), la precariedad del empleo se expresa fundamentalmente en: a) inestabilidad (ausencia de contratos indefinidos, presencia de contratos temporales, amplias atribuciones legales para el despido); b) inseguridad (ausencia de cobertura de protección social frente al desempleo y violación de derechos sindicales) y; c) insuficiencia (cantidad y disposición de los ingresos, y su relación con el subempleo, subcontratación y subocupación).¹⁵

Durante la pandemia, la pérdida de fuentes de ingresos y salida del mercado laboral ha sido masiva.¹⁶ En este contexto el gobierno no ha implementado medidas muy necesarias como la suspensión del cobro de servicios básicos, la prohibición de suspensión o disminución de sueldos y el congelamiento de deudas bancarias. Además, otras medidas propuestas como la renta básica fueron desechadas. Como contrapartida, el gobierno aprobó el proyecto de ley N° 21.227 ("Ley de Protección del Empleo") que permite a empleadores a suspender contratos.

Si la presencia de personas en espacios públicos es mayor, en parte por lo antes señalado, podría operar un segundo factor que es la activación de heurísticas cognitivas que reducen la sensación de riesgo al contagio. Las heurísticas son dispositivos ("atajos") cognitivo/afectivos de procesamiento rápido (instantáneo), liviano (requieren poca información y esfuerzo cognitivo) e inmediato (no consciente –aunque algunas pueden ser aprendidas socialmente–) para la toma de decisiones y emisión de juicios, que pueden ser acertados o no acertados, en

15 Según Pablo Kremmerman (2020), economista de la Fundación Sol, a marzo de 2020, 3.600.000 trabajadores presentaban dificultades para resguardarse en sus hogares, pues carecen de un contrato que les ofrezca protección, necesitan generar ingresos a diario y tienen dificultades para satisfacer sus necesidades básicas. Estos trabajadores, que constituyen el 38.9% de la fuerza ocupada, incluyen trabajadores independientes en condiciones precarias y trabajadores dependientes sin contrato. Todos ellos tienen bajos ingresos –el 70% gana menos de \$550.000 líquidos–, y están altamente endeudados –en Chile hay 11,5 millones de chilenos endeudados– Solo un 20% de la fuerza laboral en Chile podría sortear el proceso de la pandemia con cierta tranquilidad.

16 Según el INE (2020), en el trimestre junio-agosto de 2020 la tasa de desocupación alcanzó 12,9%.

este último caso, debido a fallos de razonamiento. Las heurísticas, además, son contextuales porque se activan en situaciones ambientales específicas (Gigerenzer y Gaissmaier, 2011).

Estudios recientes muestran que durante la pandemia del COVID-19 la copiosa información (de prensa, científica, de funcionarios públicos, la que circula en plataformas digitales, ente otras) sobre sus causas, características y consecuencias es procesada e interpretada de diferente forma por los individuos, incluyendo aquella referida al riesgo de exponerse a contagios (Torres y Valenzuela, 2020; VVAA, 2020). Específicamente, en torno a diversos asuntos (como las formas de contagiarse, las posibilidades de “aplanar” la curva de contagio, el determinar si realmente existe la enfermedad), pueden operar diversas heurísticas. Entre ellas se cuentan la heurística de representación (se evalúa el grado en que un evento es representativo de otro evento)¹⁷ y la heurística de la disponibilidad (se evalúa una situación a partir del recuerdo de eventos o frecuencias pasadas que se consideran similares¹⁸ (Hernández y Soto, 2020). La activación de heurísticas como estas podría producirse si la información entregada por el gobierno sobre la “Nueva normalidad” y el “Retorno seguro” es enmarcada (framing) como una situación que implica menor riesgo que situaciones anteriores y en el cual las personas pueden rehacer su vida cotidiana.

La precariedad laboral concatenada a la operación de heurísticas puede constituir factores que retardan la reducción de niveles de contagios del COVID-19, lo que, a su vez, prolonga la duración de medidas de confinamiento, produciéndose restricciones para la movilización política en espacios públicos. Aquí aparecen nuevamente los efectos del neoliberalismo y se vislumbra una paradoja: la desigualdad como efecto del modelo neoliberal que gatilló la movilización política durante el estallido social, podrían reducir la intensidad de esa movilización, producto de la extensión de las medidas de confinamiento generadas por la llamada pandemia de la desigualdad o pandemia de la precariedad.

Sin embargo, planteamos que esto no se produjo. Los hechos muestran la vigencia de la movilización y el interés en mantenerla. Proponemos que esto es posible porque la movilización al interior de organizaciones o colectivos, la articulación entre organizaciones o colectivos y la masiva discusión política ciudadana no se han realizado exclusivamente de forma offline, como ocurría antes del uso de herramientas digitales. La forma offline requiere necesariamente la copresencia física, para lo cual es crucial acceder a espacios públicos que son vedados por el confinamiento en pandemia. En este punto cabe señalar que en la discusión

17 En torno a esta heurística podría ocurrir que personas evalúen que el virus no es peligroso para toda la población, porque al grupo de personas que conoce (muestra del total) no le ha ocurrido nada (insensibilidad al tamaño de la muestra: evaluación de probabilidades sin considerar el tamaño de la muestra). También podría ocurrir que si una persona A observa que otra B no toma medidas de seguridad antes el contagio y C lo hace parcialmente, y posteriormente B no se enferma y C sí, A podría concluir equivocadamente que tomar medidas de seguridad no funciona (correlaciones espurias: atribuir causalidad a correlaciones aunque no existe causalidad entre fenómenos correlacionados).

18 En torno a esta heurística podría ocurrir que personas evalúen tener control sobre una situación, por ejemplo, sobre riesgos de contagio, en base a recuerdos basados en información falsa o de mala calidad (ilusión de control: tendencia a sobrestimar grado de influencia de una persona sobre eventos externos). También podría ocurrir que una persona estime que el virus no es contagioso o que no existe porque no recuerda haber conocido a nadie que se haya enfermado o muerto en la pandemia (sesgos por facilidad de recordar: si una instancia es más fácil de recordar, se piensa que la clase de la cual es parte es más grande).

política online se plantea incluso que las estrategias de confinamiento o cuarentena del gobierno se concibieron desde un diseño anti estallido. Aun así, lo relevante es que la motivación para la movilización política se mantuvo debido a los mecanismos de difusión e influencia social que operan en redes sociales digitales, según lo antes señalado. Sobre todo, teniendo presente el proceso constituyente, la vigencia de la movilización es muy importante de cara a escenarios futuros que se tensan entre una nueva oleada de la pandemia y un estallido 2.0.

6. CONCLUSIONES

El artículo expuesto tuvo por objetivo analizar, desde una perspectiva teórica, el efecto de redes sociales ciudadanas presenciales y digitales en la formación de movilización política como acción colectiva durante del estallido social y la pandemia del COVID-19. El interés por este tema surge como una forma de abordar la relación entre el estallido social y la pandemia en el contexto del neoliberalismo en Chile. En este marco, valoramos, desde un punto de vista normativo, la relevancia de la movilización ciudadana, primero, como la constatación de la repolitización que se desplegó en un largo ciclo de protesta y, segundo, por sus efectos, al abrir un valioso escenario de cambio constitucional.

Considerando la importancia de la movilización ciudadana como acción colectiva, nos interrogamos por las condiciones que favorecen su surgimiento y estabilidad. En la búsqueda de respuestas explicativas ofrecimos una propuesta teórica basada en la teoría de la acción colectiva, la teoría de redes sociales y la sociología analítica. Desde esta perspectiva, identificamos mecanismos sociales específicos para explicar la movilización como acción colectiva en tres niveles de análisis empírico: al interior de organizaciones o colectivos, en la articulación entre organizaciones y colectivos y en la masiva movilización a la que se incorporaron ciudadanos. También exploramos causas de la permanencia de la movilización en términos de motivación y acciones concretas, a pesar de la restricción de acceso a espacios públicos producto del confinamiento impuesto por la pandemia de COVID-19.

Como indicamos, el artículo tuvo un carácter teórico. A partir de las propuestas explicativas que contiene, como proyección de este artículo, señalamos que desde esas propuestas se pueden derivar afirmaciones hipotéticas e implicaciones empíricas. En torno a ellas es posible realizar estudios buscando evidencia de diverso tipo, donde es necesario generar conocimiento sobre las dinámicas de redes sociales presenciales y digitales en Chile. Con este propósito es posible, en específico, explorar si operan mecanismos sociales como los propuestos en cada uno de los niveles de análisis empírico de la movilización examinados en este artículo.

En el primer nivel de análisis empírico, que es la movilización al interior de organizaciones o colectivos, es posible desarrollar investigaciones focalizadas en entornos microsociales relacionales donde se generan interacciones estratégicas entre individuos en contextos de acción colectiva. Aquí, para obtener evidencia empírica puede ser de particular interés el uso de narrativas analíticas a través de estudios de caso (Bates, Greif, Levi, Rosenthal y Weingast (1998) y la aplicación del marco de análisis

de situaciones de acción (Ostrom, 2005). Además, es factible obtener evidencia experimental a través del uso de experimentos conductuales basados en juegos de interacción estratégica (Medina, 2013). En el segundo nivel de análisis empírico, es viable obtener evidencia empírica sobre cómo se conectan organizaciones y colectivos y sobre las consecuencias de ello, a través del uso de análisis de redes sociales en complemento a técnicas cualitativas, tal como lo ha realizado, entre otros, Mario Diani (2015). Finalmente, respecto al tercer nivel de análisis empírico, que es la masiva movilización a la que se incorporaron ciudadanos, es posible obtener evidencia experimental a través de simulaciones desde modelos basados en agentes (Macy y Flache, 2009). Además, es una opción obtener evidencia empírica, específicamente sobre las dinámicas colectivas en redes digitales de gran escala, a través de la investigación de Big Data, tal como ha propuesto, entre otros, González-Bailón (2013).

7. BIBLIOGRAFÍA

- Aguiar, F. (1991). "La lógica de la cooperación". En F. Aguiar (Comp), *Intereses individuales y acción colectiva* (pp. 1-42). Madrid: Editorial Pablo Iglesias.
- Aguiar, F., de Francisco, A (2007). "Siete tesis sobre racionalidad, identidad y acción colectiva." *Revista Internacional de Sociología*, LXV (46): 63-86.
- Aguiar, F., Moscoso, L. (1997). Presentación: las teorías de las revoluciones y la cuarta generación. *Zona Abierta*, 80/81, 1-5.
- Aguilar, S., Funes, M. (2011). "De lo macro a lo micro en el análisis relacional de Charles Tilly". En M. Funes (Ed.), *A propósito de Tilly. Conflicto, poder y acción colectiva* (pp.77-103). Madrid: CIS.
- Ahn, T., Ostrom, E., Walker, J. (2003). "Heterogeneous Preferences and Collective Action Heterogeneous Preferences and Collective Action", *Public Choice*, 117 (3/4), 295-314.
- Baño, R. (1985). *Lo social y lo político, un dilema clave del movimiento popular*. Santiago de Chile: FLASCO.
- Aoki, M. (2000). "Community Norms and Embeddedness: A Game-Theoretic Approach", en M. Aoki y Y. Hayami (Eds.), *Communities and Markets in Economic Development*. New York: Oxford University Press.
- Baldassarri, D. (2009). "Collective action". En P. Hedström y P. Bearman (Eds.), *The Oxford Handbook of Analytical Sociology* (391-418). Oxford: Oxford University Press.
- Baldassarri, D., Diani, M. (2007). The integrative Power of Civic Network. *American Journal of Sociology*, 113 (3), 735-780.
- Barrera, D. (2008). "The social mechanisms of trust", *Sociologica* (2), 1-32.
- Bates, R., Greif, A., Levi, M. Rosenthal, J-L., Weingast, B. (1998). *Analytic Narratives*. Princeton: Princeton University Press.
- Bowles, S. (2004). *Microeconomics: behaviour, institutions and evolution*. Princeton: Princeton University Press.
- Bowles, S., Gintis, H. (2002). "Social capital and community governance". *The Economic Journal*, 112, 419-436.
- Bowles, S., Gintis, H. (2008). "Cooperation." En L. Blume y S. Durlauf, (Eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics* (pp. 228-234). New York: MacMillan.
- Brenner, R. (1988). "Estructura de clases agraria y desarrollo económico en Europa

- preindustrial". En T. Aston y C. Philpin (Eds.), *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial* (pp.21-81). Barcelona: Editorial Crítica.
- Cárdenas, C. (2014). Representación de la acción política de los estudiantes chilenos. Movilización de significados en redes sociales. *Última década*, 40, 57-84.
- Castell, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: Alianza Editorial.
- Chong, D (1991). *Collective action and the Civil Rights Movements*. Chicago: University of Chicago Press.
- Coleman, J. (1988). Free Riders and Zealots: The Role of Social Networks. *Sociological Theory*, 6 (1), 52-57.
- Contreras, S. (2019). Acción colectiva en red y percepción política de cibernautas en México. *Perspectivas de la Comunicación*, 12 (2), 89-126.
- Diani, M. (2000). Social Movement Networks Virtual and Real. *Information, Communication & Society*, 3 (3), 386-401.
- Diani, M. (2003). "Leaders" o Brokers Position and Influence in Social Movement Network. En M. Diani y D. McAdam (Eds.), *Social Movements and Networks. Relational Approaches to Collective Action* (pp.105-122). Cambridge: Cambridge University Press.
- Diani, M. (2011). Social Movements and Collective Actions. En J. Scott y P. Carrington (Eds.), *The SAGE of Social Network Analysis* (pp.223-235). London: SAGE.
- Diani, M. (2015). Revisando el concepto de movimiento social. *Encrucijadas*, 9, 1-16.
- Diani, M. (2015). *The Cement of Civic Society. Studying Networks in Localities*. New York: Cambridge University Press.
- De la Maza, R. (2003). "Sociedad civil y democracia en Chile". En A. Panfichi. (Ed.), *Sociedad civil, esfera pública y democratización en América Latina: Andes y Cono Sur* (pp. 211-240). México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Donoso, S. (2017). ""Outsider" and "Insider" Strategies: Chile's Student Movement, 1990-2014". En S. Donoso y M. von Bülow (Eds.), *Social Movements in Chile. Organizations, Trajectories, and Political Consequences* (pp. 65-97). New York: Palgrave MacMillan.
- Dubet, F., Tironi, E., Espinoza, V., Valenzuela, E. (2016). *Pobladores. Luchas sociales y democracia en Chile*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Durston, J. (1999). Construyendo capital social comunitario: una experiencia de desarrollo comunitario en Guatemala. *Serie Políticas Sociales*, 30, CEPAL.
- Elster, J. (1991). "Racionalidad, moralidad y acción colectiva". En F. Aguiar (Comp.), *Intereses individuales y acción colectiva* (pp.43-69). Madrid: Editorial Pablo Iglesias.
- Elster, J. (2011). *El desinterés. Tratado crítico del hombre económico (I)*. México D.F: Siglo XXI.
- Everett, M., Borgatti, S. (2005). "Extending centrality". En J. Carrington, J. Scott y S. Wasserman (Eds.), *Models and Method in Social Network Analysis* (pp.57-76). Cambridge: University Press.
- Fábrega, J. (2013). "Activismo digital en contexto." En S. Millaleo y P. Velasco (Ed.), *Activismo digital en Chile. Repertorios de contención e iniciativas ciudadanas* (pp.124-144). Santiago de Chile: Fundación Democracia y Desarrollo.

- Fehr, E., Fischbacher, U., Gächter, S. (2002). Strong reciprocity, human cooperation, and the enforcement of social norms. *Human Nature*, 13 (1), 1-25.
- García Sobrecases, F. (2000). Acción colectiva y bienes públicos. Una introducción al análisis de los comportamientos no cooperativos. Valencia: Editorial Tirant lo Blanch.
- Garretón, M. (2003). *Incomplete Democracy. Political Democratization in Chile and Latin America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Garretón, M. (2012). *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado. Los gobiernos de la Concertación en Chile, 1990-2010*. Santiago de Chile: ARCIS-CLACSO-PROSPAL.
- Gigerenzer, T., Gaissmaier, W. (2011). Heuristic decision making. *Annual Review of Psychology*, 62, 451-482.
- González, F. (2020). Collective action in network: Evidence from Chilean student movement. *Journal of Public Economics*, 188, 1-13.
- González-Bailón, S. (2009). Redes y mecanismos de interdependencia. *Desarrollos teóricos más allá de los modelos de acción racional. Revista internacional de Sociología*, 67 (3), 537-558.
- González-Bailón, S. (2013). *Social Science in the Era of Big Data. Policy and Internet*, 5 (2), 147-160.
- González-Bailón, S. (2014). *Online Social Networks and Bottom-up Politics*. En M. Graham y W. Dutton (Eds.), *Society & the Internet: How Networks of Information and Communication are Changing Our lives* (pp. 209-222). New York: Oxford University Press.
- González-Bailón, S., Borge, J., Moreno, Y. (2014). Online Networks and the Difussion of Protest. En G. Manzo (Ed.), *Analytical Sociology. Actions and Network* (pp.263-279). Chichester: Wiley.
- Granovetter, M. (1973). The Strength of Weak Ties. *American Journal of Sociology*, 81, 1287-1303.
- Granovetter, M. (1983). The Strength of Weak Ties. A Network Theory Revisited. *Sociological Theory*, 1: 201-233.
- Granovetter, M. (1991). "Modelos de umbral de conducta colectiva". En F. Aguiar (Comp). *Intereses individuales y acción colectiva* (pp. 71-102). Madrid: Editorial Pablo Iglesias.
- Granovetter, M. (1990). "The Old and the New Economic Sociology". En R. Friedland y A. Roberston (Eds.), *Beyond the marketplace. Rethinking Economy and Society* (pp. 89-112). New York: Aldine de Gruyter.
- Granovetter, M. (1992). Problems of Explanations in Economics Sociology. En N. Nohria y R. Eccles (Eds.), *Networks and Organizations. Structure, form, and action* (pp. 25-56). Boston: Harvard Business School Press.
- Hardin, R. (1982). *Collective action*. London: John Hopkins University Press.
- Hedström, P. (1994). Contagious Collectivities: On the Spatial Diffusion of Swedish Trade Unions *American Journal of Sociology*, 99 (5), 1890-1940.
- Hedström, P. (2007). Action and Networks: Sociology that really matters...to me". *Sociologica*, 1, 1-18.

- Hedström, P. (2010). La explicación del cambio social: un enfoque analítico. En J. Noguera (Ed.), *Teoría Sociológica Analítica* (pp. 211-235). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Hedström, P., Sandell, R., Stern, Ch. (2000). Mesolevel Networks and the Difussion of Social Movements: The Case of the Swedish Social Democratic Party. *American Journal of Sociology*, 106 (1), 145-172.
- Hedström, P., Swedberg, R. (1998). "Social Mechanism: An introductory essay". En P. Hedström y R. Swedberg (Ed.), *Social mechanisms An Analytical Approach to Social Theory* (pp.1-31). Cambridge: Cambridge University Press.
- Hernández, J., Soto, P. (2020). COVID-19 y sesgos cognitivos ¿Qué recomendaciones se puede hacer desde la economía conductual? En N. González y E. Cáceres (Coord.), *Emergencia sanitaria por COVID-19. Constructivismo jurídico, gobierno, economía y cambio conductual* (PP. 83-106). México D.F.: UNAM.
- Hirschman, A. (1977). *Salida, voz y lealtad. Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y Estados*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Huenchumil, P. Mondaca, C. (2019). "Derribar símbolos coloniales un nuevo acto político que se suma en las protestas en Chile". En VVAA, *Chile revuelve a la tierra (19-26)*, Chiapas: Libros sobre la marcha.
- Huneus, C. (2014). *La Democracia Semisoberana. Chile Después De Pinochet*. Santiago de Chile: Taurus.
- INE (2020). Boletín estadístico: empleo trimestral. Edición N°263/30 de septiembre de 2020.
- Jara, C. (2019). (Des) movilización de la sociedad civil chilena. Post-trauma, gobernabilidad y neoliberalismo (1990-2010). Santiago de Chile: Ariadna Ediciones.
- Jiménez, C. (2020). Chile despertó. Causas del estallido social en Chile. *Revista Mexicana de Sociología*, (2 (4), 949-957.
- Julián, D. (2020). Precariedad como gobierno de la pandemia: la experiencia de la precariedad laboral en Chile. *Hybris*, 11, 125-149.
- Kandori, M. (1992). Social Norms and Community Enforcement. *Review of Economic Studies*, 59 (1), 63-80.
- Karaivanov, A. (2020). A social network model of COVID-19. *Plos One*, 15(10), e0240878.
- Knoke, D., Yang, S. (2008). *Social Network Analysis*. Thousand Oaks: SAGE.
- Kollock, P. (1995). Social Dilemmas: The Anatomy of Cooperation. *Annual Review of Sociology*, 24, 183-214.
- Kremerman, P. (2020). "¿Aguanta usted una cuarentena? Radiografía económica del hogar chileno que se enfrenta al Covid-19". Entrevista 17.03.20 en CIPER Académico. <https://www.ciperchile.cl/2020/03/17/aguanta-usted-una-cuarentena-radiografia-economica-del-hogar-chileno-que-se-enfrenta-al-covid-19/> (Consultado en línea el 20.10.20).
- Krisnky, J., Crossley, N. (2015). "Social Movements and Social Network: Introduction". En Nick Crossley (Ed.), *Social Networks and Social Movements: Contentious Connections* (pp.1-21). London: Routledge.
- Lechner, N. (2000). "Desafíos de un desarrollo humano: individualización y capital social". En B. Kliksberg y L. Tomassini (Eds.), *Capital social y cultura. Claves estratégicas*

- para el desarrollo (pp. 101-127). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lichbach, M. (1997). Nuevas reflexiones sobre racionalidad y rebelión. *Zona Abierta*, 80/81, 237-279.
- Linares, F. (2018). *Sociología y teoría social analíticas*. Madrid: Alianza Editorial.
- Macy, M., Flache, A. (2009). "Social dynamics from the bottom up agent-based model of social interaction". En P. Hedström y P. Bearman (Eds.), *The Oxford Handbook of Analytical Sociology* (245-268). Oxford: Oxford University Press.
- Maíz, R. (2011). "Las dos lógicas de la explicación en la obra de Charles Tilly: Estados y repertorios de protesta". En M. Funes (Ed.), *A propósito de Tilly. Conflicto, poder y acción colectiva* (pp.77-103). Madrid: CIS.
- Martínez, J. (2019). "Entre estatuas y memorias. Rompiendo una(s) historia(s) de lo nacional. En VVAA, *Chile despertó. Lecturas desde la Historia del estallido social de octubre* (pp.28-42). Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- McAdam, (2003). "Beyond Structural Analysis: Toward a More Dynamic Understanding of Social Movements". En D. McAdam y M. Diani (Eds.), *Social Movement Networks. Relational Approaches to Collective Action* (pp. 281-298). Cambridge: Cambridge University Press.
- McAdam, D., McCarthy, J., Zald, M. (1999). "Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales". En D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald (Eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas* (pp.21-46). Madrid: Istmo.
- McAdam, D., Tarrow, S., Tilly, Ch. (2001). *Dynamics of Contention*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Medina, L. (2013). The Analytical Foundations of Collective Action Theory: A Survey of Some Recent Developments. *Annual Review of Political Science*, 16, 259-283.
- Mora, G. (2020). El 18 de octubre chileno y algunas perspectivas latinoamericanas. *Derecho y Crítica Social*, 6 (1), 1-37.
- Morales, M. (2020). Estallido social en Chile 2019: participación, representación, confianza institucional y escándalos públicos. *Análisis Político*, 98, 3-25.
- Manzo, G., Van de Rijt, A. (2020). Halting SARS-CoV-2 by Targeting HighContact Individuals. *Journal of Artificial Societies and Social Simulation*, 23 (4) 10, (2020).
- Marwell, G., Oliver, P., Pahl, R. (1988). Social Networks and Collective Action: A Theory of Critical Mass III. *American Journal of Sociology*, 94, 502-534.
- Moulian, T. (1997). *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM.
- Oliver, P., Myers, D. (2003). Networks, Diffusion, and Cycles of Collective Action. En M. Diani y D. McAdam (Eds.), *Social Movements and Networks. Relational Approaches to Collective Action* (pp. 173-203). Cambridge: Cambridge University Press.
- Olson, M. (1971). *The logic of collective action*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- Ormazábal, I., Barotto, F., Astullido, H. (2017). Influence of Money Distribution on Civil Violence Model. *Complexity*, 2017 (2), 1-15.
- Ostrom, E. (2005). *Understanding Institutional Diversity*. Princeton: Princeton University Press.

- Oxhorn, P. (2003). Cuando la democracia no es tan democrática. La exclusión social y los límites de la esfera pública en América Latina. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, XLVI (187), 131-176.
- Paltoglou, (2014). "Sentiment Analysis in Social Media". En N. Agarwal, M. Lim y R. Wigand (Eds.), *Online Collective Action. Dynamics of the Crowd in Social Media* (pp. 3-17). New York: Springer.
- Passy, F. (2003). Social Network Matter. But How? En M. Diani y D. McAdam (Eds.), *Social Movements and Networks. Relational Approaches to Collective Action* (pp.21-48). Cambridge: Cambridge University Press.
- Passy, F., Monsch, G. (2014). Do Social Network Really Matter in Contentious Politics? *Social Movement Studies*, 13 (1), 22-47.
- Pavan, E. (2014). Embedding digital communication within collective action network: a multidimensional network approach. *Mobilization: A International Quarterly*, 19 (4), 441-455.
- Piedrahita, P., Borge, J., Moreno, Y., González-Bailón, S. (2018). The contagion effects of repeated activation in social network. *Social Networks*, 54, 326-335.
- PNUD (1998). *Desarrollo Humano en Chile. Las paradojas de la modernización*. Santiago de Chile: ONU.
- PNUD (2014). *Autoría a la democracia. Más y mejor democracia para un Chile inclusivo*. Santiago de Chile: ONU.
- PNUD (2015). *Desarrollo Humano en Chile. Los tiempos de la politización*. Santiago de Chile: ONU.
- Portales, F. (2000). *Chile: una democracia tutelada*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.
- Przeworski, A. (1999). "La democracia como resultado contingente de conflictos". En J. Elster y R. Slagstad (Eds.), *Constitucionalismo y democracia* (pp.89-110). México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Scott, J. (2000). *Social Network Analysis. A handbook*. London: Sage Publications.
- Raub, W., Buskens, V., Frey, V. (2013). The rationality of social structure: Cooperation in social dilemmas through investments in and returns of social capital. *Social Network*, 35, 720-732.
- Razo, A. (2016). Strategic embeddedness and the micro foundations of collective action: A comparative institutional analysis of the rule of law and informal institutions in cooperation games. *Journal of Theoretical Politics*, 28 (1), 105-137.
- Sádaba, I. (2012). Acción colectiva y movimientos sociales en las redes digitales. Aspectos históricos y metodológicos. *Arbor*, 188, 781-794.
- Schelling, T. (1989). *Micromotivos y macroconducta*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Soa, M; Tiwarib, A., Chud , A., Tsangd ,J., Chana, J. (2020). Visualizing COVID-19 pandemic risk through network connectedness. *International Journal of Infectious Diseases*, 96, 558-561.
- Sola-Morales, S., Rivera, R (2015). Las redes sociales como catalizador del movimiento estudiantil chileno en 2011. *Chasqui*, 128: 37-52.
- Solé, R. (2009). *Redes complejas*. Barcelona: Tusquest.

- Somma, N. (2017). "Discontent, Collective Protest and Social Movements in Chile". En A. Joignant, M. Morales, C. Fuentes (Eds.), *Malaise in Representation in Latin American Countries* (pp.47-68). New York: Palgrave Macmillan.
- Somma, N., Medel, R. (2017). "Shifting Relationship Between Social Movements and Institutional Politics". En S. Donoso y M. von Bülow (Eds.), *Social Movements in Chile. Organizations, Trajectories, and Political Consequences* (pp. 29-61). New York: Palgrave Macmillan.
- Tarrow, S. (2011). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales y la acción colectiva*. Madrid: Alianza Editorial.
- Taylor, M. (1987). *The possibility of cooperation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Taylor, M. (1991). "Racionalidad y acción colectiva revolucionaria". En F. Aguiar (Comp). *Intereses individuales y acción colectiva* (pp. 103-148). Madrid: Editorial Pablo Iglesias.
- Thompson, E. (1995). *Costumbres en común*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Tironi, E. (1990). *Autoritarismo, modernización y marginalidad*. Santiago de Chile: Ediciones SUR.
- Tilly, Ch. (2008). *Explaining Social Processes*. Boulder (CO): Paradigm Publisher.
- Tilly, Ch. (2009). *Los movimientos sociales desde sus orígenes hasta Facebook*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Tilly, Ch. (2010). *Confianza y gobierno*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Tooby, J., Cosmides, L., Price, M. (2006). Cognitive Adaptations for n-person Exchange: The Evolutionary Roots of Organizational Behavior. *Managerial and Decision Economics*, 27, 103-129.
- Torres, D., Valenzuela, J. (2020). Lost in translation: sesgos y la información en la pandemia de COVID-19. *Revista Chilena de Anestesiología*, 49, 401-407.
- Yaccar, M. (2019). "El desborde en Chile. La represión es de una violencia pocas veces vista". En VVAA, *Chile revuelve a la tierra* (41-56), Chiapas: Libros sobre la marcha.
- VVAA, (2020). Using social and behavioural science to support COVID-19 pandemic response. *Nature Human Behaviour*, 4 (5), 460-471.
- Valente, Th. (1996). Social network thresholds in the diffusion of innovations. *Social Networks*, 18, 69-89.
- Valenzuela, S., Arriagada, A., Scherman, A. (2012). The Social Media Basis of Youth Protest Behaviour: The Case of Chile. *Journal of Communication*, 62 (2), 299-314.
- Valenzuela, S., Yonghwan, K., Gil, H. (2011). Social Network that Matter: Exploring the Role of Political Discussion for Online Political Participation. *International Journal of Public Opinion Research*. 2 (24), 163-184.
- Van Lange, P., Balliet, D., Parks, C., Van Vugt, M. (2014). *Social Dilemmas. The Psychology of Human Cooperation*. Oxford: Oxford University Press.
- Vicari, S. (2015). Network of Contention: The Shape of Online Transnationalism in Early Twenty-First Century Social Movement Coalitions. *Social Movement Studies*, 13 (1), 92-109.
- Von Bülow, M., Vilaça, Abeli, P. (2018). Varieties of digital activist practices: students and mobilization in Chile. *Information, Communication & Society*, 22 (1), 1770-1788.

- Waissbluth, M. (2020). *Orígenes y evolución del estallido social en Chile*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Públicos Universidad de Chile.
- Wasserman, S., Faust, K. (2013). *Análisis de redes. Métodos y aplicaciones*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Watts, D. (2006). *Seis grados de separación. La ciencia de las redes en la era del acceso*. Barcelona: Paidós.
- Watts, D., Dodds, P. (2009). Thresholds Models of Social Influence. En P. Hedström y P. Bearman (Eds.), *The Oxford Handbook of Analytical Sociology* (pp.475-497). Oxford: Oxford University Press.